



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

EL PROCESO MIGRATORIO EN LOS TUXTLAS: REMESAS Y REACOMODOS EN LOS GRUPOS DOMÉSTICOS DE DOS COMUNIDADES CAMPESINAS DEL MUNICIPIO DE CATEMACO

Tonalli Hernández Sarabia

09

**mundos
rurales**



**El proceso migratorio en Los Tuxtlas: remesas
y reacomodos en los grupos domésticos de dos
comunidades campesinas del municipio de Catemaco**

Tonalli Hernández Sarabia



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, Salvador Vega y León
Secretario general, Norberto Manjarrez Álvarez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

Rectora de Unidad, Patricia E. Alfaro Moctezuma
Secretario de Unidad, Joaquín Jiménez Mercado

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Director, Carlos Alfonso Hernández Gómez
Secretario académico, Alfonso León Pérez
Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

Aleida Azamar Alonso / Gabriela Dutrénit Bielous
Diego Lizarazo Arias / Graciela Y. Pérez-Gavilán Rojas
José Alberto Sánchez Martínez

Asesores del Consejo Editorial: F. Luciano Concheiro Bórquez
Verónica Gil Montes / Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL DE MUNDOS RURALES

Gisela Espinosa Damián / Blanca Olivia Acuña Rodarte / Alejandro Cerda García
Sonia Comboni Salinas / Roberto Diego Quintana / Rosa Aurora Espinosa García
Yolanda Massieu Trigo / Héctor Robles Berlanga

Asistente editorial: Varinia Cortés Rodríguez

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud, Coyoacán, México DF. C.P. 04960
Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades. Edificio A, 3er piso.
Teléfono 54 83 70 60
pubcsh@correo.xoc.uam.mx
<http://dcshpublicaciones.xoc.uam.mx>

Diseño editorial: Diego Alfonso Ibarra Soria
Fotografías de portada: Rosalía Fernández Tarrío

ISBN: 978-607-28-0659-7
ISBN de la colección Serie Mundos rurales: 978-607-477-595-2

Digitalizado en México

Índice

Introducción	6
Ubicación del área de estudio	6
Objetivo	8
Retos académicos y políticos	8
Sobre el proceso de investigación y las implicaciones metodológicas	9
Ejes teóricos	11
De la estructura del texto	27
Las localidades de los migrantes: Colonización y estrategias de reproducción	28
Estrategias de reproducción social de los grupos domésticos campesinos en dos localidades de Los Tuxtlas: una revisión histórica	28
Café y ganado en la estrategia de reproducción social	32
Perla de San Martín	32
Gustavo Díaz Ordaz	33
Los límites de la estrategia de reproducción campesino ganadera en familias con tierra y la población vecindada	37
Migración y remesas	38
Las formas del proceso migratorio	39
Vámonos de la comunidad: migración interna	39
Vámonos al “otro lado”: migración internacional	41
La Perla de San Martín	42
Localidad Gustavo Díaz Ordaz	43
Características de los migrantes de ambas comunidades asentados en Estados Unidos	45
Financiamiento para migrar	46
La estructura de los grupos domésticos, la condición y posición de sus integrantes y las formas de uso de las remesas	48
Grupos domésticos y relaciones de género en el uso de remesas	49
Roles de género en el uso de las remesas	56
Mecanismos de sujeción y sistema de género	58

Conclusiones	68
Proceso migratorio en Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz	68
La migración y diferenciación social	70
Remesas, relaciones de género y desarrollo	71
Destino de las remesas, la calidad de vida y el desarrollo	72
Migración, cambios y permanencias en las representaciones de género	73
Uso de remesas e inequidad en la distribución de las oportunidades que generan	75
Impactos económicos de la migración y las remesas	77
¿Es la migración una estrategia de desarrollo?	78
Bibliografía	80
Sobre el autor	84

Introducción¹

Ubicación del área de estudio

Veracruz está localizado en la región costera del Golfo de México. Su extensión es amplia y también lo es la diversidad biológica, social, étnica, económica y productiva que en él se encuentra. El estudio “El proceso migratorio en Los Tuxtlas: remesas y reacomodos en los grupos domésticos de dos comunidades campesinas del municipio de Catemaco” se ubica en la zona costera del sur del estado, particularmente en la región conocida como Los Tuxtlas.

Esta es una región singular por su biodiversidad, misma que ha tenido reconocimiento con la formación de la reserva de la biósfera de Los Tuxtlas, cuya porción norte se integra por los municipios de San Andrés Tuxtla, Santiago Tuxtla, Catemaco, Ángel R. Cabada y Hueyapan de Ocampo. Una de las particularidades de esta región es que en la orografía de la costa del golfo, dominada por la planicie costera, emerge una cadena montañosa de origen volcánica en la que resalta el volcán San Martín Tuxtla.

Esta zona fue habitada por grupos nahua durante la Colonia española. A la fecha, su población es predominantemente mestiza. La peculiar orografía, vegetación y clima de montaña dan lugar a una exuberancia biológica que no se encuentra en otras regiones de esta latitud en el continente americano y, por supuesto, dentro del país. Esas condiciones contribuyeron a que la región norte de Los Tuxtlas se convirtiera

¹ Este trabajo es una versión revisada de la tesis que, para obtener el grado de Maestro en Desarrollo Rural por la UAM-X presentó su autor, Tonalli Hernández Sarabia, el 10 de diciembre del 2010. La tesis fue dirigida por la Dra. Gisela Espinosa Damián.

en una de las tierras más tardíamente colonizadas por la población campesina en la segunda mitad del siglo XX.

En dicho contexto se llevó a cabo este proyecto de investigación. El proceso que se relata ha tenido lugar entre la segunda mitad de la década de los sesenta del siglo XX y a finales de la primera década de siglo XXI, cuando se da la formación de los asentamientos y posterior colonización de los ejidos, y el surgimiento de la migración internacional indocumentada en Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz.

Esas dos pequeñas localidades insertas en la montaña de Los Tuxtlas aparentaban estar lo suficientemente aisladas y cercanas a la diversidad y abundancia de recursos naturales de la sierra como para ser penetradas por el proceso migratorio. Si bien se incorporaron tardíamente a los circuitos de migración interregionales, ya a finales de la década de los ochenta algunos de sus habitantes tenían experiencia migratoria interna.

En Los Tuxtlas, la crisis del campo se expresa, por ejemplo, en la inviabilidad o inestabilidad económica de la producción de granos básicos, de café y de carne, que fueron los principales productos regionales cuyos costos de producción aumentaron mientras disminuían relativamente los precios de mercado. Esto pone acento en la crisis del modelo de desarrollo para el sector rural, basado en producción cafetalera y ganadería extensiva, que se promovió en Veracruz desde mediados del siglo XX a través de asesoría técnica y financiamiento. Los ejidatarios de la Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz no permanecieron indiferentes a estos sucesos sino que, como respuesta directa ante las condiciones de producción y el estado general de la economía campesina regional, la migración emergió.

El proceso migratorio internacional en estas localidades se convirtió en un elemento emblemático porque nos permitió ver que las estrategias de reproducción de vida campesina tradicional de los Tuxtlas prácticamente no existían más en esta zona geográfica.

Fue en 1999 cuando los primeros campesinos de los ejidos Perla de San Martín Tuxtla y Gustavo Díaz Ordaz comenzaron su éxodo hacia *el norte*. A 11 años de distancia, el rostro de estas localidades ha cambiado y, en este sentido, se generó gran

expectativa respecto a cuáles fueron las transformaciones en el plano del grupo doméstico, la organización de sus estrategias de reproducción social, la configuración de los roles de género y la distribución sexual del trabajo; y cómo estas resultantes se relacionan con el buen vivir.

Objetivo

El objetivo central que perseguí al sistematizar y analizar el emergente fenómeno migratorio en los dos ejidos mencionados fue comprender los efectos que la migración indocumentada hacia Estados Unidos y el uso de las remesas están teniendo en las relaciones de género y en el desarrollo de La Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz, cuyas familias hace apenas unos años dependían de actividades agropecuarias y compartían un mismo espacio.

Retos académicos y políticos

En este estudio planteo, sin proponérmelo de entrada, algunos retos que pueden ser de utilidad para el ámbito académico. Un proyecto situado que se plantea en el marco de la investigación-acción, aquí encuentra, en cierta medida, algunos de sus alcances respecto a la sistematización de información y la riqueza de elementos que permiten orientar fases generales y específicas de colaboración e investigación.

En el texto presento una cronología que, más que un interés revisionista lineal, busca argumentar la historicidad de las estrategias de reproducción social de un campesinado en un periodo temporal en el que dos generaciones –la mayoría de ellos vivos y participantes de esta investigación– son protagonistas de los fenómenos abordados. La naturaleza de la estancia que tuve en estas localidades, el grado de inserción y el interés por articular el discurso de las y los protagonistas del proceso social descrito a través de una serie amplia y diversa de testimonios, permite encontrar líneas argumentativas a lo largo del texto que, por la densidad etnográfica, genera características particulares.

La integración de ejes de análisis teórico y la abundancia de información contextual plantean la posibilidad de argumentar de forma amplia la complejidad de los factores que entran en juego para la construcción de estrategias de reproducción social,

mismas que dejan ver entre líneas ideas del bienestar que los campesinos producen. Se analizan las contradicciones que permiten ver la desigualdad de género existente y que entran en tensión, transformándose en algunos casos en formas más duras de control y dominación; y en otros casos, abriendo espacios para la inclusión, libertad y formas más equitativas para las mujeres en la localidad de origen de los migrantes. En conjunto, el texto indaga con agudeza, desde el discurso académico, una realidad social que interesa disertar.

Identifico que hay estudios que ponen el acento en necesidades y demandas sociales concretas; diría que la realidad social reclama pertinencia y relevancia a las y los académicos. Propongo un análisis de la migración centrado en las y los actores, reconociendo su protagonismo más allá de ser objetos de procesos históricos estructurantes; un estudio que cuestiona la migración como un proyecto desarrollista y problematiza la relación entre costos y beneficios del proceso migratorio; un acercamiento que pone bajo la lupa la forma en que se acentúan desigualdades de género en las localidades de origen, lejos de suponer que la ausencia de varones produce “jefas de familia”. Esto habla de un proyecto que busca pertinencia y relevancia social y que se posiciona ante esta serie compleja de problemas relacionados con lo que se ha dado por llamar *la nueva ruralidad*. Al hacer este texto he pensado en la necesidad de obtener pistas para acercarnos a la construcción de ruralidades más justas y equitativas y, por lo tanto, que se aproximen al bienestar. Considero que en este texto presento elementos de análisis útiles a ese propósito.

Sobre el proceso de investigación y las implicaciones metodológicas

El trabajo que aquí se presenta es producto de una mirada académica que se originó integrando mi formación en la licenciatura en agronomía y la de la maestría en desarrollo rural. Si bien las categorías que integran el marco teórico –tales como desarrollo y bienestar, género, grupos domésticos y remesas– se convierten en ejes analíticos, también los son aquellos saberes que el contacto con estas localidades rurales y sus habitantes me ha provisto para comprender su construcción histórica.

Aquí sistematizo la experiencia que a lo largo de cuatro años elaboré en un proceso de investigación y promoción del desarrollo comunitario en estas dos localidades.

Este proceso comenzó en 2003, en el marco del proyecto de Manejo Integrado de Ecosistemas (MIE), con el financiamiento del Fondo Mundial para el Medio Ambiente del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en coordinación con la Reserva de la Biósfera de los Tuxtlas (Rebotiux) y en colaboración con la Coalición de Organizaciones para el Desarrollo Sustentable del Sur de Veracruz (Codesuver). Fue en este esquema de colaboración que me sumergí inicialmente, durante 12 meses, en la dinámica de vida de los ejidos Perla de San Martín Tuxtla y Gustavo Díaz Ordaz como investigador y promotor.

Durante 2003, mi acercamiento a la historia de esta gente se dio a partir del diagnóstico y la planeación participativa para el uso y aprovechamiento de los recursos naturales, enfocados a la restauración ambiental e inversiones productivas en actividades agropecuarias en ambas localidades. Fueron las labores de investigación-acción los principales recursos metodológicos con que trabajé, tales como: participación y observación en asambleas ejidales y gestiones ante instituciones estatales; revisión en integración de expedientes documentales para gestiones ante instituciones estatales; transectos en el ejido; transectos en la comunidad; mapas de recursos-necesidades-problemas; mapas de actores comunitarios internos y externos; y líneas del tiempo con acento en los procesos comunitarios, de la organización y planeación de actividades grupales para labores productivas y extractivas. También se produjeron entrevistas directas abiertas o focalizadas, en ocasiones intencionadas aunque la mayoría surgieron de forma espontánea.

Durante ese primer año, logré integrar un marco amplio de información necesaria para el análisis contextual de la migración respecto a las prácticas de vida de los grupos domésticos que históricamente se construyeron y las relaciones causales que desde la mirada campesina lo explicaban; la relación de los procesos productivos y la cotidianidad de los grupos domésticos; lo habitual de la migración y su efecto en el plano representativo en órganos comunitarios como las asambleas ejidales. De muchas formas, se fue también integrando una red de confianza con las familias de ejidatarios que me permitió aproximarme a la vida diaria de estos grupos y socializar con ellos.

La información que derivó de este proceso tuvo aplicación directa para los propósitos del proyecto MIE del PNUD en las dimensiones de su interés y se plasmó en

reportes de trabajo de campo e informes. No obstante, hubo mucha información que resultó poco significativa para esos fines, pero que se logró integrar para un análisis de la complejidad de las relaciones entre ambiente, cultura y organización social; los intentos de desarrollo por parte del Estado y las estrategias para producir bienestar por parte de las y los ejidatarios.

La segunda etapa abarcó los años 2004 y 2006. El proceso de colaboración con estas dos localidades giró en torno a la asesoría técnica de proyectos ambientales y productivos, sin contar con una fuente financiera directa para esos propósitos. Fue entonces que busqué el apoyo del Grupo Interdisciplinario sobre Mujer Trabajo y Pobreza A.C. (GIMTRAP) para realizar un estudio que analizara, en ese contexto, la problemática social relacionada a la migración y uso de remesas desde el enfoque de género. El resultado de ese ejercicio de investigación fue publicado en una compilación por el Grupo Interdisciplinario sobre Mujer Trabajo y Pobreza A.C.

En esta segunda etapa inicié la investigación del proceso migratorio y el uso de remesas empleando el enfoque de género. Esto representó focalizar el estudio y la información con que contaba al análisis de situaciones y posiciones que mujeres y varones tienen en el grupo doméstico, en la comunidad, ante el fenómeno migratorio y las remesas. La reflexión se orientó a preguntas como: ¿esas diferencias implican desigualdad de género? ¿La migración y las remesas modifican esas relaciones? ¿Pese a los cambios que ocurren con la migración se mantienen las asimetrías de género? ¿En qué resultan? En esta etapa identifiqué y recuperé con detalle casos emblemáticos relacionados con el proceso migratorio y el uso de las remesas. Llevé a cabo entrevistas dirigidas y a profundidad que se enmarcan en la metodología cualitativa, principalmente con esposas, hijas y madres de hombres migrantes, aunque en algunos casos entrevisté a hombres residentes en la localidad que estaban estrechamente relacionados con algunas mujeres esposas, hijas o madres de migrantes.

Ejes teóricos

Si bien este texto hace referencia amplia al análisis de los datos empíricos producidos en el proceso anteriormente descrito, también representa el uso de un andamiaje teórico con el que se busca ordenar, agudizar y complejizar dicho acercamiento.

Un eje teórico para este estudio es la categoría de grupo doméstico. Ésta ubica socialmente la unidad de análisis de la vida campesina que nos permite describir los procesos en cuestión. El grupo doméstico se puede entender como la correspondencia de individuos, quienes, independientemente de sus lazos de parentesco, desarrollan el consumo de un fondo común de provisiones generado por su trabajo; pueden compartir o no el mismo techo pero aportan y/o usan ese fondo común. Este es el caso de los migrantes que participan con aportaciones en forma de remesas a dicho fondo (D'Aubeterre, 2002; Almeida, 1989), y de los padres o madres de las y los migrantes que concurren a estos fondos comunes y cuyos intereses y posición dentro del grupo influyen para satisfacer sus necesidades.

Visto desde la mirada de género, el grupo doméstico es de primer interés para identificar el escenario más próximo en donde se pueden entender con precisión las expresiones del *ser mujer* en Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz, a partir de la dinámica micro en torno a la acción de las mujeres.

En relación a ello, Almeida Salles (1989:4) señala que “los grupos domésticos, al ser estudiados, permiten precisiones conceptuales y descripciones de situaciones que en algunos casos quedan oscurecidas en los análisis sectoriales”. Así, la delimitación de la unidad de análisis a los espacios de convivencia próximos al grupo doméstico ha permitido identificar situaciones en las que se reconoce la importancia de los lazos de parentesco en su constitución. Sin embargo, estos lazos no implican un límite, ya que se abre un espacio analítico para la inclusión de actores ajenos al grupo doméstico, pero involucrados en la organización y ejecución de las estrategias de producción económica, así como en otras actividades relevantes para los grupos domésticos.

Cobra relevancia entender al *grupo doméstico* como unidad de análisis que permite identificar la posición, naturaleza y forma en que se configura la relación a la que están sujetas las mujeres en los espacios rurales, ya sea que estén constituidos con base en vínculos nucleares o extensos. Esto es significativo en términos de los niveles de responsabilidad que las normas e instituciones sociales les atribuyan a las mujeres en función al tipo de relación en que participen (Almeida, 1989).

Respecto a las estrategias de reproducción social, que incluyen el conjunto de actividades productivas y reproductivas que permiten a un grupo familiar o a una co-

unidad satisfacer sus necesidades y garantizar su permanencia en el espacio y en el tiempo y que comprenden el plano material pero también el social, el cultural y el político, Lara plantea que tienen una base doméstica debido al apoyo en recursos materiales y humanos que provienen del grupo doméstico. Su funcionamiento está directamente relacionado con las conductas que adoptaron los hogares en un intento de asegurar las condiciones materiales necesarias para la reproducción individual y colectiva de sus integrantes (García y Lara, 2000).

En muchos casos, los bienes del grupo doméstico se distribuyen considerando ciertos parámetros o “estructura de valores” que generan o recrean inequidad en el goce de los beneficios. Así sucede también con la distribución y asignación de cargas de trabajo, donde variables como tipo de parentesco, etapa del ciclo de vida, tamaño de la unidad doméstica, edad y sexo de los miembros y la posición dentro de la estructura familiar, las condicionan y determinan (García y Lara, 2000).

La conformación de los grupos domésticos, las relaciones jerarquizadas que están en juego a su interior y las decisiones que se establecen cuando hay factores de género y generacionales, se relacionan con elementos contextuales que, en su conjunto, integran estrategias que permiten la reproducción de la vida campesina sin que esto plantee un escenario estático, determinante de la acción de sus integrantes. Así, la expresión de estrategias cafetaleras representa ese conjunto de relaciones que tiene componentes productivos y reproductivos de diversas dimensiones y significados. La estrategia ganadera o migratoria representa ese complejo entramado de relaciones producidas por los grupos domésticos.

Otro eje permanente de análisis a lo largo del texto es el enfoque de género, el cual es determinante en el sentido que ha cobrado el estudio.

A finales de la década de 1960, las actividades productivas de granos básicos y de café demandaban gran cantidad de mano de obra doméstica. En el tránsito a la producción cafetalera-ganadera de los ejidos analizados se identificó la reducción de la necesidad de mano de obra doméstica. Estos cambios en las estrategias productivas impactaron en características tales como el tamaño de los grupos domésticos o la construcción de funciones reproductivas femeninas. Estos cambios, más que generalizaciones normativas a lo largo del texto, se exponen como el producto de una serie

de decisiones y ajustes en las estrategias de los grupos domésticos en respuesta a ciertos factores extracomunitarios en los que mujeres y hombres expresaron sus roles de forma jerarquizada.

Este tipo de procesos plantean la necesidad de incorporar categorías teóricas que a lo largo del texto sirven para ordenar y complejizar el análisis.

Ha sido de primer interés identificar, de forma específica, el escenario más próximo en donde se pueden entender con precisión las expresiones del *ser mujer* en Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz, a partir de la dinámica micro en torno y a partir de la acción de las mujeres.

El proceso migratorio internacional integrado a las estrategias de reproducción social que observamos recientemente representa dos áreas de interés para este estudio: por un lado, es en sí mismo una estrategia de reproducción de los grupos domésticos; por el otro, representa el contexto para el análisis de las transformaciones de las relaciones de género en los grupos domésticos campesinos de estas dos localidades.

Aunque tradicionalmente la migración se observa desde la perspectiva demográfica, en este trabajo se aborda en términos de sus implicaciones en la supervivencia de los grupos domésticos. En ese sentido, la migración es concebida como el proceso de mejora y progreso en el que los individuos se trasladan de un país o región pobre a otro más rico, debido tanto a factores de expulsión como de atracción (Malgesini y Giménez, 2000:37). Si bien esta postura es sólida en términos de visibilizar el efecto positivo del flujo migratorio entre espacios con diferentes gradientes económicos, este planteamiento se convierte en el centro de la perspectiva de la migración asociada deterministamente al desarrollo, misma que ha servido para asumir como costos colaterales los efectos sociales de la migración. En otras palabras, esta postura sostiene que toda migración se explica en términos de la oportunidad que representa de incrementar los ingresos, convirtiéndose para este proyecto en un elemento de debate a la luz de los resultados observados. Consonante a esta definición de migración, que implica necesariamente los ingresos a los que el proceso migratorio da acceso, se presenta la postura que plantea que la migración sintetiza una estrategia de las familias para allegarse mayores recursos para el migrante y su familia, así como la consecución de objetivos limitados, mientras la migración internacional se inscribe en la lógica de la acumulación rápida (López, 1988:294).

En numerosos casos, la migración interna y la migración internacional se suceden una a otra, la primera experiencia de migración se da a otras regiones del país y posteriormente se incursiona a la migración internacional indocumentada en ese sentido, existen resultados que nos permiten aceptar como veraz esta premisa aunque no como un patrón fijo. La migración pone en juego también recursos, experiencia, conocimientos, relaciones sociales que pueden reducir las incertidumbres que esta implica; la búsqueda de rutas seguras o alternas para la generación de acciones que permiten la sobrevivencia de los protagonistas de la migración, los que se van y los que se quedan.

La noción de migración que resulta más atractiva para este estudio es la que la entiende como una estrategia de supervivencia que, como tal, se amolda a las conductas sociales que pueden configurar o no una estrategia de desarrollo. En ese sentido, se entenderá por migración el flujo migratorio de individuos que mantienen relaciones transterritoriales con sus familias y otros actores comunitarios, bajo el entendido de que el lugar de destino ofrece ventajas respecto al de origen para generar ingresos; y que las remesas generarán la oportunidad de satisfacer necesidades diversas y promover el bienestar en los lugares de origen, de modo que se plantea una estrategia que atiende necesidades de supervivencia en el plano del grupo doméstico más allá de las fronteras geográficas.

La migración se convierte en el foco de análisis para conocer, desde el enfoque de género, la forma en que se vive el proceso migratorio desde los grupos domésticos y las implicaciones que la distribución sexual del trabajo adquiere en tiempos de migración para las mujeres, para los varones migrantes y para otros integrantes del grupo doméstico, sin dejar de considerar su adscripción de género.

En situaciones de cambio tales como la emergencia del proceso migratorio, se imprimen ciertas tensiones en las relaciones sociales en los ámbitos público y privado. Uno de esos ámbitos en tensión son las relaciones de género, que en estas condiciones se transforman, permanecen debilitadas o profundizan su arraigo.

Al pensar en las transformaciones históricas por las que los grupos domésticos campesinos de estos dos ejidos han transitado, podemos identificar, desde la perspectiva de género, expresiones múltiples de inequidad. Las diferencias sexuales y generacionales

de sus integrantes han sido argumento para la construcción social de un esquema complejo de jerarquizaciones que naturalizan diferencias biológicas convirtiéndolas en desigualdades sociales significativas. “Qué hacer, cómo hacerlo, qué decir, dónde situarse. A partir de reglas preestablecidas se delimita lo permisible y lo prohibido, la segregación o la aceptación, el acceso al conocimiento o la ignorancia. Es así como se perfila una construcción cultural de los individuos a partir de la diferencia sexual” (Casados, 2003:33).

Pero ¿cómo se originan esas diferencias? Casados (2003:33) plantea que “hombres y mujeres al nacer, son vistos como seres con capacidades y potencialidades distintas, asociados a ámbitos y actividades que tienen origen, se piensa, en la *naturaleza humana*: La *esencia femenina* y la *esencia masculina* se presentan como hechos indiscutibles, legitimadores de la desigualdad.”

Respecto a ello, García y Lara (2000:26) plantean el género como un conjunto de normas, valores, conductas y actitudes que caracterizan a las personas; es una construcción social y, por lo tanto, una categoría sujeta a un proceso constante de definición y de cambio en el tiempo y en el espacio. En virtud de este rasgo, la condición de género es claramente distinguible del sexo de los individuos, ya que este último constituye un atributo biológico y no social.

A partir de diferencias biológicas y sexuales se construyen conceptos de lo que significa ser mujer u hombre. Las implicaciones de estas diferencias conceptuales se reflejan en aspectos como la distribución de tareas que mujeres y hombres realizan para satisfacer las necesidades de supervivencia, y la construcción de reglas que justifican la división sexual del trabajo.

Así, las labores que desempeñan hombres y mujeres, tales como la migración misma –que es mayoritariamente masculina– están relacionadas con la construcción de un rol de proveedor que se ha naturalizado como inherente a los varones. En los contextos no migratorios y el migratorio se identifica la construcción de lo que podemos llamar “esencialmente masculino y femenino”, que para cada grupo social se produce como un significado socialmente construido y, en su momento, transformado.

Las funciones de proveedor, el trabajo productivo en la parcela o la participación en los órganos de representación ejidal se han instituido como espacios masculinos. La cocina, el hogar, el solar urbano, el embarazo, la crianza y otras actividades reproductivas se han perfilado como lo que corresponde a las mujeres. Las jerarquías de género y generacionales se producen y socializan cotidianamente.

El análisis de las diferencias y desigualdades de género para un grupo social y del papel de la mujer y el hombre en la diversidad de ámbitos de la cotidianidad, exige articular el género a factores ambientales, culturales y económicos para lograr una visión integral del asunto.

La categoría de género es un ordenador social que incide en el estatus de hombres y mujeres; es regulador de la división del trabajo, representación y organización del poder. Desde esta perspectiva, el género es una categoría analítica que nos remite a distintas y variadas dimensiones de la realidad social, evitando concentrar su interés en una sola de ellas (De Barbieri, 1996).

Esta categoría analítica nos permite identificar rasgos de inequidad que existen entre mujeres y hombres, así como en las relaciones que se establecen entre mujeres (madre, hija, nuera, suegra, jóvenes, ancianas, socias de una organización, etcétera) o entre hombres (padres, hijos, jóvenes, ancianos, integrantes de una cooperativa, etcétera). La investigación sobre mujeres nos muestra que existen sistemas de género que construyen vínculos desiguales y subordinados no sólo entre varones y mujeres, sino también entre mujeres (De Barbieri, 1996:73). Así, tenemos que el género es el campo primario en el cual y por medio del cual se articula el poder. No es el único campo, pero parece haber sido una forma persistente y recurrente de facilitar la significación del poder en la tradición occidental, judeocristiana e islámica (Scott, 1999: 64).

Es por ello que el género nos permite observar y analizar el tejido social en el que están involucradas las mujeres, sus motivaciones y factores condicionantes. El sentido de su participación y la posición que ocupan en la organización social permiten explorar las relaciones de poder y su mecánica a la luz del fenómeno migratorio.

Los cambios que la migración ha generado en las estructuras sociales “corresponden siempre a cambios en las representaciones de poder, pero la dirección del cambio no va necesariamente en un sentido único” (Scott, 1999:63).

Este elemento destaca como un factor central en el presente estudio: no hay respuestas únicas ni factores que determinan la prevalencia de principios ordenadores del género. Ante los factores que impactan a hombres y mujeres, la respuesta de éstos en cada circunstancia depende de una multiplicidad de elementos. Es esta premisa la que nos permite dar una lectura de las transformaciones o la reproducción de roles de género; así sucede en el caso de mujeres cuya postura ante los mecanismos de control no es estática, sino que optan por generar decisiones alternas. Podríamos pensar que los mecanismos de control determinan la respuesta de las mujeres en el sentido dominante, que son efectivos, pero podemos identificar que no es así. Para ilustrar estas situaciones en el texto se exponen casos que pueden aplicar para un análisis de este tipo.

Joan Scott(1999: 61-63) nos dice que el género, como elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en diferencias percibidas entre los sexos, comprende cuatro elementos interrelacionados: 1)símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples y a menudo contradictorias; 2)conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, en un intento de limitar y contener sus posibilidades metafóricas; 3)nociones políticas y referencias a instituciones y organizaciones sociales; y 4)la identidad subjetiva.

Es de gran interés para el estudio observar los símbolos culturales que determinan las funciones desempeñadas por mujeres vinculadas a la migración, los que determinan el sentido, los espacios y los ámbitos de su acción y los que rigen los ámbitos de decisión a los que acceden. La conformación de instituciones locales, ya sea aquellas que implican funciones políticas formales o a las instituciones informales que tienen vida en las localidades, las funciones que les dan legitimidad y la relación que las mujeres mantienen con ellas, son determinantes como espacios de análisis de género.

La identidad y subjetividad de los actores que interactúan en torno a los diversos espacios en que la cotidianidad transcurre, y la relación que esto genera con otros actores e instituciones, servirá para conocer las motivaciones de las mujeres.

Como parte de las construcciones de género podemos identificar la participación casi exclusiva de algunos actores en ciertos ámbitos o espacios. Respecto a esto, Edmund Leach plantea que los símbolos estructuran los espacios en los cuales los géneros

se desenvuelven, se relacionan y desarrollan sus papeles llenándolos de contenidos y significados; de esta manera, un espacio define la persona que lo ocupa y viceversa (citado en Del Valle, 1996: 5). El espacio comunica, y una de las cosas que transmite es que la diferencia en la magnitud de los diversos espacios asignados a hombres y a mujeres responde a un sistema cultural basado en una división asimétrica entre las mujeres y los hombres.

Es un lugar común la dualidad y asignación social de los ámbitos privado y público, ya que se encuentran ligados a construcciones de género, aunque ni antes ni ahora hayan sido espacios tan tajantemente separados y dicotómicos. Pese a esta permeabilidad de lo privado y lo público, en las representaciones sociales locales sigue predominando la idea de que lo público es cosa de hombres y lo privado de mujeres. Ejemplo de ello son las juntas ejidales y las asambleas comunitarias, espacios ocupados y encabezados comúnmente por los hombres de las localidades. El espacio doméstico contiene en sí a la familia, pero son las mujeres los sujetos más identificados y asociados a él. Tradicionalmente, la figura femenina ha sido exaltada cuando se sitúa en este ámbito, e incomprensible y criticada fuera de él. La localización de mujeres y hombres en espacios sociales está rodeada de una serie compleja de elementos que delimitan, confinan y que dan *orden lógico* al mapa social, al comportamiento *esperable* de sus participantes.

La relación entre permanencia y cambio en las relaciones sociales como efecto del proceso migratorio es una condición general a observar; en estos escenarios, el papel cambiante de la mujer representa áreas de interés y motiva el marco del proceso de estudio. La adscripción espacial de actores se ha visto transformada en algunas ocasiones violentamente a causa del fenómeno migratorio. Esas transformaciones impactan en diferentes niveles de las localidades: en los grupos domésticos y aun en espacios de socialización extracomunitaria.

En los espacios domésticos suceden cambios asociados con los roles de trabajo, de autoridad y en la toma de decisiones. Los grupos domésticos son el centro del radio de impacto del fenómeno migratorio en aspectos como la capacidad de consumo, el mercado de medios de producción (como las tierras) y la interlocución ante instituciones locales y regionales. En estos escenarios también hay actores relevantes: la mujer, en

sus diferentes papeles a partir de su propia identidad, representa una pieza clave para entender los cambios al interior del grupo doméstico, en la localidad y, en algunos casos, en los espacios intercomunitarios.

El espacio doméstico (el hogar), como el principal ámbito de relaciones inter-generacionales y tradicionalmente asociado con las mujeres como esfera de acción *natural*, representa el primer espacio a abordar en el estudio para identificar los procesos de cambio y permanencia en las normas de comportamiento, en la distribución de funciones y en las jerarquías en la toma de decisiones. Así, el uso del concepto grupo doméstico, complementario al de género, será útil para abordar el análisis de los impactos de la migración.

Autoras como Benería y Roldán (citadas por García y Lara, 2000:26) plantean al respecto que el enfoque de unidad doméstica y el concepto de género se encuentran íntimamente ligados. Diferentes argumentos han sido presentados para caracterizar como construcciones de género la vinculación de lo femenino y lo masculino con la esfera doméstica y con la productiva:

Existe una clara división sexual del trabajo y esta división está históricamente condicionada. En distintas épocas, sociedades particulares asignan a sus miembros diferentes responsabilidades en la producción de bienes que los consignan a los campos de producción agrícola, a los establecimientos industriales o el ámbito doméstico según sexo. Estas responsabilidades no son inmutables y es posible observar que bajo determinadas circunstancias históricas cómo las mujeres desempeñaron actividades antes consideradas “naturales” a lo masculino y viceversa” (García y Lara, 2000:108).

En ese sentido, la categoría género –como un ordenador social que incide en el estatus de hombres y mujeres– regula las relaciones que se transforman, en otros momentos, a partir del sistema de producción cafetalero y la producción ganadera, y, en el caso que nos ocupa, a partir de la migración internacional indocumentada abordada desde la localidad de origen. En el género convergen diversas dimensiones de la cotidianidad campesina. Así, el proceso migratorio impacta en las estrategias de reproducción y, por lo tanto, en las relaciones de género involucradas en la vida campesina.

Las interpretaciones del proceso migratorio se han dado desde distintos enfoques, y atribuyéndole características diversas. Claro está que cada quien habla de este fenómeno desde su postura personal y, en algunos casos, se aborda la migración masculina

como un factor detonante del posicionamiento de las mujeres en ciertos espacios del ámbito privado y público regularmente ocupados por varones. Este acercamiento ha permitido observar cómo se expresan factores como la ausencia física, las representaciones de los roles de género, los mecanismos indirectos de control y coerción, la apropiación de roles de género dominantes por mujeres como mecanismos de sujeción, y algunos otros que influyen en la reproducción o transformación de las relaciones de género en tiempos de migración.

La distribución sexual del trabajo en el seno de los grupos domésticos responde a esta estructura de valores, conductas y normas. Esto impacta en las estrategias de reproducción social de estos grupos domésticos. El seguimiento histórico que se ha hecho de dichas estrategias nos permite ver que esos sistemas de género se comportan como características dinámicas en función del tiempo y el espacio social del que se trata, y atraviesan ajustes y transformaciones.

Las remesas que llegan a los grupos domésticos son sólo una porción de los ingresos de los migrantes, ya que ellos cubren los costos de alimentación, alojamiento y transporte a sus lugares de trabajo.

El concepto mismo de remesas hay que precisarlo con cuidado. Por un lado, es importante relacionarlo con el ingreso de los mexicanos en Estados Unidos; es decir, la remesa no es, finalmente, más que una parte del salario que recibe el migrante (...) resulta de relevancia conocer qué parte del salario se destina a los familiares en México y en qué se utiliza la parte restante, qué impactos tiene en las economías locales en los lugares destino de los migrantes. Por otro lado, para conocer el impacto que tiene en los hogares de salida del migrante el dinero que éste envía a sus familiares, sería necesario incorporar además conceptos no clasificados tradicionalmente (Corona y Santibáñez, 2004:26).

La noción de remesas se ha convertido en un elemento emblemático del proceso migratorio y los factores expuestos en el texto hablan de cómo cobra connotaciones singulares.

En el contexto del proceso migratorio, todos los esfuerzos están orientados a alimentar las necesidades materiales que posibiliten la reproducción social en las localidades de origen, a través de la generación de ingresos por medio del empleo de la mano de obra familiar en las condiciones 'ventajosas' que ofrece la economía del país destino.

Las remesas, como recurso, son los ingresos de los migrantes destinados a los grupos domésticos de origen. Sirven para financiar el consumo y manutención del grupo doméstico, lo que les permite favorecer y fortalecer las estrategias de reproducción social.

Los recursos económicos enviados cobran otro sentido al entender el tejido de relaciones sociales que se generan en torno a ellos y las construcciones de género que entran en juego para definir los roles a través de los cuales participan hombres y mujeres para su uso. Como plantean Corona y Santibáñez, algunos elementos tales como el uso final que se le da a estos recursos en las localidades de origen, el impacto que tienen en los hogares y su complementariedad a otros ingresos generados en las mismas localidades, dibujan un entramado en el cual el uso de las remesas expresa la complejidad de los significados que representan.

Cuando se considera que las mujeres son uno de los protagonistas principales en el uso de remesas en las localidades de origen, el envío y recepción de remesas cobran otro significado.

El tema de las remesas se convierte en un asunto central al interior del grupo doméstico de origen cuando se analiza a los actores que participan en la definición de su destino, quienes disfrutan de ellas, las diferencias que llegan a existir entre integrantes y las construcciones de género que determinan este tipo de comportamientos.

En este sentido, fue de interés analizar el significado del dinero en las construcciones de género al interior de los grupos domésticos, en torno a ello se revisarán algunas construcciones sociales relacionadas con la manera en que las mujeres y los hombres juegan roles diferentes en torno al dinero; el significado que cobra para cada uno de ellos dentro del grupo doméstico; así como algunos de los mecanismos que emplean estos actores para su uso.

Al respecto, Hidalgo Celarié plantea:

El dinero en la pareja es un tema donde convergen el terreno de lo social, lo simbólico, lo psicológico, lo económico y lo personal, donde se ponen en evidencia las relaciones de poder que existen entre hombres y mujeres... [Ambos] desarrollan estrategias, algunas abiertamente, otras secretamente, unos para preservar el control de este recurso y de esta manera el control sobre la compañera, y otros para acceder a una pequeña cuota de este recurso y su control (1999:211).

El significado del dinero, más allá de las formas en que se usa, tiene implicaciones que lo aproximan al terreno de las relaciones de poder. El dinero de las remesas cobra también este significado y se convierte, por una parte, en la oportunidad de reducir los márgenes de pobreza absoluta para los integrantes del grupo doméstico y lograr su reproducción social; pero por otra, se convierte en un recurso cuyo uso tiene diferentes implicaciones. El debate sobre el uso de los recursos está íntimamente ligado a las nociones de género que se construyen y que moldean la posición de hombres y mujeres en este debate. El uso de estos recursos se da en complejos espacios de negociación.

El sentido que hombres y mujeres otorgan al uso del dinero está ligado a las construcciones de género que prevalecen en la sociedad campesina. En contextos de migración, en algunos casos, los actores transforman sus roles dentro de los esquemas de relación, al menos temporalmente. Algunas mujeres se aproximan a nuevos roles, los cuales mantienen mientras su cónyuge está ausente o siempre y cuando tengan elementos para negociar que, a su regreso, las nuevas condiciones permanezcan.

Los cambios por los que transitan los roles de las mujeres a lo largo del proceso migratorio de sus maridos o hijos, resignifican su relación con el dinero, para ellas y para el conjunto de ese grupo social. El orden de prioridades que se plantea desde la perspectiva de las mujeres puede diferir con respecto al establecido por los hombres. Existen nuevos actores masculinos y femeninos con quienes negocian las mujeres para usar las remesas, así como cambios en los mecanismos a través de los cuales se logra el convencimiento o la coerción.

La noción del desarrollo ha entrado en crisis y esta lectura actual es provechosa para el análisis de la emergencia del proceso migratorio para el caso que nos ocupa.

Por un lado, el desarrollo ha representado una visión paradigmática que hoy, en tiempos neoliberales, se materializa, entre otras cosas, en una política económica y productiva que da derecho a existir a quienes logran competir en y ante el mercado mundial, sin importar el costo ambiental, el empleo, ingreso y bienestar social, amén de las consabidas ineficiencias, corruptelas y usos políticos de los recursos públicos y los programas dirigidos al sector rural. Esta política ha sido claramente anti-campesina, pues la ruina y pobreza económica de miles o millones de pequeños productores se expresa, entre otras cosas, en incontenibles corrientes migratorias y en el desaliento

de la juventud ante una actividad que no le garantiza la subsistencia mínima. La visión del desarrollo dominante representa una amenaza al modo de vida campesino, otra forma de desarrollo, que si bien es milenario y se expresa en prácticas que han permitido la supervivencia del campesinado con ciertas formas de autonomía respecto al mercado y a la lógica del capital se ha visto amenazada o forzada a desplegarse en condiciones adversas.

Las políticas sociales y de combate a la pobreza no logran contener ni resolver lo que ocasiona la política económica dominante.

Los subsidios, que desde los primeros hasta los últimos eslabones del sistema producto café y del sistema producto ganado bovino se dieron en tiempos del Estado Benefactor, pretendían un “desarrollo” económico y productivo del campo en Los Tuxtlas. También la apertura comercial y el retiro del Estado a través de la desaparición de instituciones que prestaban servicios y otorgaban financiamiento u otros subsidios, se justificaron en nombre del desarrollo económico.

Hay diferencias entre las dos visiones —la que se mantiene crítica ante el modelo dominante de desarrollo y la del desarrollo dominante homogeneizador—, pero también comparten importantes elementos, pues de algún modo “desde la izquierda o la derecha, los académicos respaldaban la reivindicación de los políticos de que el sufrimiento de las mayorías era el precio que debían pagar por el bienestar que finalmente obtendrían” (Esteve, 2009:1). La crisis actual del campo mexicano permite reconocer que las políticas estatales han sostenido el mito del desarrollo desde la posrevolución y en especial desde el poscardenismo, y que la “década perdida” de los años ochenta y la crisis actual —que ya no sólo es de producción e ingresos, sino social, alimentaria, ambiental y quizá hasta existencial— tienen que ver con una larga acumulación de problemas que se magnifican con la apertura comercial y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), la reducción del Estado, el carácter selectivo de las políticas sociales y la obstinación de impulsar un proyecto de altos y negativos costos.

Las políticas sociales promovidas desde las instituciones gubernamentales, desde la iniciativa privada y, en muchos casos, desde las organizaciones no gubernamentales han generado una expectativa de desarrollo a través de modelos en los que, por una parte, hay actores y modelos desarrollados y otros subdesarrollados, quienes para

aproximarse deben pagar los costos en el terreno de lo económico, lo emocional, lo ambiental y lo cultural. Con frecuencia, la escala de valores respecto al bienestar de quienes definen estos modelos, no tiene un referente en la visión de aquellos que en este juego resultan ser los subdesarrollados, y para quienes la fórmula de desarrollo implica entonces asumir los valores del desarrollo económico establecidos por otros (Esteva, 2009:3).

En Los Tuxtlas, las sucesivas estrategias de supervivencia por las que han transitado los ejidatarios (ya sea el café, el ganado bovino y ahora la migración) ofrecen una idea de desarrollo para la cual las familias comprometen grandes esfuerzos sin que se logren identificar con claridad todos los costos que estos procesos les implicarán. El bienestar de las familias campesinas ha empeorado en las últimas décadas. Aunque algunos indicadores como educación, esperanza de vida o acceso a servicios urbanos mejoren y satisfagan ciertas necesidades (Sen, 2003:413), es cierto también que hay otros elementos que han permanecido insatisfechos o se satisfacen menos, tales como empleo, ingreso, calidad de la alimentación; o bien otros que no son poco visibles, como la desigualdad expresada en las representaciones y prácticas de género, que se vinculan con necesidades no siempre económicas.

En este marco, la migración ha surgido como una estrategia de supervivencia que en el campo de lo material ha resuelto diversas necesidades, pero hay evidencias para pensar que eso no es suficiente, pues también acarrea problemas y conflictos a los familiares que permanecen en el lugar de origen. La violencia como mecanismo de control sobre mujeres, esposas e hijas; la tristeza y el agotamiento físico de las amas de casa; la ausencia que afecta a hijas e hijos; además de los costos emocionales para los varones migrantes, nos hacen pensar que la migración trae dólares a costa de sacrificar el bien vivir en otros planos. Es decir, que la migración es la expresión del mal desarrollo.

El bienestar, la libertad, la identidad y la seguridad como necesidades humanas básicas son vulneradas con frecuencia por las repercusiones de la migración en el plano de lo local. La represión por fundamentalismos sexistas que padecen mujeres residentes en las localidades de origen, que se expresan a través de diferentes formas de violencia, nos da evidencia de que los procesos sociales que se han desencadenado

en torno a la migración se aproximan a formas de mal desarrollo, se alejan del bien vivir y del bienestar (Tortosa, 2011:21).

La base material de los ejidos, constituida elementalmente por los recursos naturales de la selva húmeda y por otra parte de las parcelas empastadas para ganadería, se han deteriorado por la paulatina sobre explotación el eventual agotamiento de los recursos naturales de ambos ejidos es una condición a la que se aproximan. Esto plantea una contradicción pues, aunque son las parcelas empastadas para el pastoreo de ganado bovino principales destinos de remesas, el deterioro ambiental no garantiza que esas inversiones representen un modelo alternativo sostenible de producción ganadera, pues hasta la fecha se ha perseguido una estrategia tecnológica extractivista que no le apuesta a la restauración o mantenimiento de los recursos vegetales, el suelo y el agua. La mirada de los migrantes se encuentra lejos de esta problemática. Esta problemática de deterioro pese a la inversión de remesas, desapercibida por los migrantes, implica una imposibilidad de bienestar sostenido a mediano y largo plazo (Tortosa, 2011).

El concepto de desarrollo, como matriz cultural que proyecta una visión civilizatoria, permitirá analizar la forma en que las estrategias de supervivencia expresan una visión de mejora cuya materialización se aplaza permanentemente y cuya relación costo-beneficio es evidentemente desfavorable para las familias campesinas.

Aunque la migración no es en sentido estricto una expresión de la política de desarrollo, representa la ineficacia para el logro de la generación de empleos; del manejo y aprovechamiento de recursos naturales; de valoración de las relaciones interpersonales a través del respeto de la libertad; y de la integridad de mujeres y hombres, que hasta este momento está bajo custodia de las instituciones del Estado. No obstante, la pelota ha estado en la cancha de los ejidatarios y ahora apuestan por la migración sin que ésta dé evidencia de satisfacer la mayoría de las necesidades que no corresponden al mundo de lo material y a pesar de que, por los efectos que se observan, con frecuencia se aleja del bien vivir.

De la estructura del texto

El documento está estructurado en cinco apartados: la introducción, tres capítulos y las conclusiones.

En el primero se expone el contexto geográfico y ambiental de La Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz, y se hace un recorrido por las estrategias socioeconómicas que han experimentado históricamente sus habitantes para subsistir. Ambos aspectos aportan elementos para entender la dinámica actual del proceso migratorio.

En el segundo capítulo se describen y analizan las características del proceso migratorio emergente desde su fase de migración interna y su tránsito a la migración internacional indocumentada masculina hacia los Estados Unidos.

En el tercer capítulo se analiza el uso de las remesas, la estructura de los grupos domésticos de origen, su relación con el destino de las remesas y los efectos que éstas tienen en las relaciones de género.

Finalmente, se presentan las conclusiones. En éstas se hace un balance amplio del proceso migratorio y de los aspectos específicos relacionados con las identidades de género transformadas por éste. También se reflexiona sobre las relaciones entre migración, desarrollo y bienestar social.

Las localidades de los migrantes: Colonización y estrategias de reproducción

Estrategias de reproducción social de los grupos domésticos campesinos en dos localidades de Los Tuxtlas: una revisión histórica

Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz constituyen el escenario de este estudio. Se encuentran en la zona alta del municipio de Catemaco, en lo que se conoce como la región de Los Tuxtlas, la cual está enclavada en la porción sur del estado de Veracruz. Es una zona selvática que tiene algunas particularidades ambientales. La primera de ellas es que el volcán San Martín Tuxtla (en cuya ladera sureste se encuentran estos dos ejidos) es parte de una cadena montañosa, la más próxima al golfo de México. En esta zona hay grandes diferencias de altura que generan variaciones del clima², y es considerada como una de las más biodiversas en el país³.

Ambas localidades carecían de caminos y sólo contaban con veredas que, hasta mediados de la década de los 80 del siglo XX, fueron transitadas exclusivamente con animales de carga.

² Perla de San Martín se encuentra a 800 metros sobre el nivel del mar (msnm). Gustavo Díaz Ordaz está a 600 msnm. Hay una distancia menor a tres kilómetros entre ambas localidades. Existen algunos puntos del volcán San Martín que tienen una altura de 1780 msnm.

³ La gran cantidad de microclimas concentrados en una pequeña región ha permitido que se desarrolle una diversidad de especies animales y vegetales, esto hace a este lugar de especial importancia para México y para el mundo. Con este argumento se formó en 1998 la reserva de la biosfera de Los Tuxtlas. Las localidades mencionadas se encuentran en su zona de amortiguamiento (García, Cruz y Tehuitzil, 2002).

La formación de estas localidades data de la década de los 60. Se constituyeron a partir de procesos de lucha por la tierra donde grupos domésticos campesinos de otras localidades de la región, de otras zonas del estado e incluso de otros estados del país, se aglutinaron para ocupar tierras que no habían sido abiertas al cultivo. Promovieron la formación de ejidos y dotación de tierras ante las instancias de gobierno sin dejar de sufrir complicaciones severas, como fue el desalojo que realizó el ejército mexicano en dos ocasiones para evitar que se asentaran en esos lugares.

Hay algunos factores de la formación de los ejidos relacionados con las características físicas y biológicas del territorio del que se apropiaron; dichos factores, sumados a los rasgos culturales de esos grupos campesinos, han sido determinantes en las estrategias de supervivencia, entre las que ha surgido recientemente la migración.

La superficie total del ejido; el crecimiento demográfico de la población y su acceso a la tierra; la riqueza de los recursos naturales contenidos en esos espacios territoriales; las estrategias productivas para el autoconsumo y las vinculadas a los mercados regionales; las tecnologías de producción; la disponibilidad de agua; así como la aptitud de los terrenos para las actividades económicas ganaderas y agrícolas, son algunos factores que tejen contextos y circunstancias que se suman a la historia de las estrategias de vida de estos grupos domésticos.

Cuando los grupos domésticos campesinos llegaron a estas tierras se enfrentaron a la selva, esto los condujo a construir estrategias de uso y aprovechamiento de ese entorno natural: formas organizativas, instituciones y símbolos culturales que, en su conjunto, permitieron consolidar comunidades.

Estos primeros grupos encontraron una región selvática tropical que les ofrecía gran diversidad de recursos naturales pero que, a la vez, les exigía enfrentarse a peligros y obstáculos que limitaban la colonización.⁴ Algunas mujeres que llegaron a esas localidades desde su fundación, describen algunos episodios:

⁴ En *La Ruta de Hernán Cortés*, Benítez describe el asombro que debió causar a los conquistadores la exuberante vegetación con flores espectaculares, enredaderas, lianas y árboles corpulentos, guacamayas, monos y otros seres vivientes de una selva en franca cercanía de las costas del mar del golfo de México (Benítez, 1950). Esta imagen es cercana a la que tuvieron los campesinos colonizadores que arribaron a esta misma zona en los años sesenta.

En la noche el jaguar chillaba en aquella loma donde ahora está el *kinder* y nada más nos quedábamos callados. En todo tiempo teníamos limpias las casas, las cosas recogidas porque no faltaba el día que entre la ropa o entre las ollas encontráramos una [víbora] *sorda*. Nosotros éramos como niños del monte. Cuando íbamos caminando por la vereda y escuchamos que venía gente desconocida, nos escondíamos en el monte para que no nos vieran (Matilde, entrevista personal, 52 años, GDO).⁵

Esas mismas mujeres describen al pueblo como un caserío que se concentraba en una pequeña zona que desmontaron cuando llegaron a vivir a ese lugar. “Era un lunar en medio del monte”, todo estaba rodeado de selva. Las condiciones para colonizar esa zona fueron difíciles y en la localidad de Mario Souza,⁶ uno de los actuales habitantes, nos comenta que hubo gente que quería colonizar esas tierras pero no soportaron las dificultades.

Nosotros no fuimos los primeros que llegamos aquí, nosotros fuimos los segundos. Primero llegaron unos que eran de Michoacán. Era gente blanca y alta. Ellos no se acostumbraron porque aquí es la mitad del año seco y la mitad del año es agua. Ellos venían de tierras secas. Dicen que no pudieron sembrar el maíz, no sabían cómo sembrar el maíz con esta lluvia. Pocos años después se fueron. Nosotros llegamos y ya había unas parcelas limpias. Aquí llegamos y, como somos de por aquí, de por San Andrés, entendíamos cómo se trabajaban estas tierras húmedas. Así lo hicimos y aquí nos quedamos. (Ramiro, entrevista personal, 67 años, MS).

Es interesante analizar algunos rasgos característicos de los grupos domésticos de ejidatarios que pertenecen a grupos generacionales de mayor edad y contrastarlos con aquellos que pertenecen a generaciones recientes. Por ejemplo, en la localidad Perla de San Martín, uno de los fundadores del ejido describe un poco de su historia y de las diferencias en la estructura de su familia y la de sus hijos.

Yo llegué a vivir en estos lugares en 1955. Yo era un chamaco y me trajo a vivir acá un tío. Cuando yo me quise quedar por aquí ya me había traído a mi mujer. Los dos somos de por Martínez de La Torre, de Tenochtitlan. Y nos pegamos con otros que queríamos tierra. De aquí nos sacaron los dueños varias veces, pero aquí regresamos y aquí nos quedamos...

⁵ En este testimonio y los siguientes cuando se haga referencia a la comunidad Gustavo Díaz Ordaz se pondrán las siglas GDO. Cuando se citen testimonios de Perla de San Martín se escribirá PSM. En el caso de la localidad Mario Souza será MS.

⁶ La localidad Mario Souza fue la primera que se formó en el corredor que hay entre cuatro comunidades de la ladera del volcán San Martín Tuxtla: Perla de San Martín, Gustavo Díaz Ordaz, Mario Souza y Dos Amates.

Yo tuve nueve [hijos], dos son mujeres y los demás varones. Sí, éramos varios porque se necesitaba gente para sembrar café. Primero tumbar el monte, luego rozar y quemar. Había mucha tierra, la que uno quisiera. Antes éramos pocos y no nos dábamos abasto. Yo tenía finca y milpa. Eso es lo que tienen estas tierras: se siembra mucho y se levanta mucho, pero quiere [necesita] mucho trabajo por la hierba que hay que quitar, todo se enmonta pronto. Aquí se trabaja mucho. No, ahora mis hijos tienen uno o dos [niños] chiquitos, porque no hay tierra y todos se están yendo. Sólo a los dos mayores les tocó ejido en la ampliación, pero los demás no tienen tierra más que un solar (Félix, entrevista personal, 76 años, PSM).

Los grupos domésticos que cuentan con tierras (ejidatarios), y la diversidad de recursos que los ejidos ofrecen a los avecindados, presentan características interesantes que pueden aportar elementos para el análisis del proceso migratorio en ambas localidades.⁷

Nosotros buscábamos tierra para trabajar. En Zapoapan se vendía mucho café, mucha gente estaba sembrado café y todos queríamos tener nuestras fincas para vender café... Estábamos jóvenes y llegamos a La Palma, aquí donde está el pueblo era de La Palma⁸. Se los quitamos. Les quedaba lejos de sus parcelas y de su pueblo, hasta hace 10 años logramos legalizar nuestra posesión. La parte más grande de nuestro ejido está pegada a La Perla y ahí también nos agarramos con ellos porque queríamos más tierra con agua, pero ellos pusieron su pueblo donde estaba el agua cerca y no pudimos tomar esa tierra. Ahora ellos son los que tienen más agua de por aquí. Nos dan agua a nosotros para el ejido y a la gente de La Palma que tiene tierras junto a las nuestras. (Rosendo, 58 años, GDO).

⁷ Los avecindados son los grupos domésticos que siendo hijos de ejidatarios o no, residen en la localidad, pero no poseen parcela ejidal. Normalmente en asamblea ejidal se les ha otorgado un solar en la zona urbana del ejido dotada de servicios como el agua para que vivan en el pueblo. Esto plantea un estatus socio económico particular en el contexto de la localidad, lo cual tiene implicaciones sobre los derechos y obligaciones que poseen con la localidad formada en torno al ejido. En el caso de Perla de San Martín, los avecindados tienen obligación de presentarse a la asamblea como cualquier ejidatario, pero sólo tienen voz y no voto en las decisiones del ejido. Tienen obligación de aportar trabajo para obras del pueblo y cooperaciones económicas para asuntos de 'bien común', tienen derecho a residir en el pueblo, de que sus hijos asistan a la escuela y al aprovechamiento de los recursos contenidos en la zona de uso común para su beneficio económico particular.

⁸ La Palma es otra localidad vecina entre Mario Souza y Gustavo Díaz Ordaz que se formó prácticamente en los mismos años pero cuya tenencia de la tierra es de pequeña propiedad.

Café y ganado en la estrategia de reproducción social

Perla de San Martín

Perla de San Martín cuenta con 790 ha; de ellas, el 64% están destinadas al uso común⁹ (no parcelario), 32% son tierras parceladas para producción ganadera y una porción para uso habitacional que representa casi el 3% de la superficie total. En este ejido habitan 259 personas, de las cuales 116 son mujeres y 143 son hombres. Está integrado por un total de 37 ejidatarios, equivalente al mismo número de grupos domésticos, de los cuales sólo tres son encabezados por mujeres.¹⁰ En esta localidad hay un total de 24 grupos domésticos que carecen de tierra, ellos son denominados *avecindados*, y representan casi el 65% del total de familias.¹¹ La totalidad de las parcelas cuenta con pastos forrajeros para la alimentación de bovinos pastoreados de forma extensiva con disponibilidad de agua prácticamente todo el año.

Este ejido posee una gran superficie de uso común (60% de la superficie ejidal) y su función es de “conservación”, pues contiene amplias zonas de bosque mesófilo de montaña. El uso común se encuentra contenido en la zona de amortiguamiento de la *Rebiotux* y está sujeta a la normativa ambiental (Ley General de Equilibrio Ecológico) que limita su uso. En esta área no se permite el aprovechamiento de especies maderables o tala; en vez de ello se han autorizado actividades de recolección y captura de especies vegetales y animales, tanto a ejidatarios como a *avecindados*.

⁹ Existe una clasificación común de la tierra por su uso en el argot ejidal. La superficie parcelada, la de uso común y la zona urbana se encuentran en estas denominaciones. La zona parcelada contiene la superficie que está legalmente reconocida como espacio productivo y que en muchos ejidos se encuentra fraccionada. Este fraccionamiento consta en el certificado parcelario con que cada ejidatario cuenta y donde se le reconoce el derecho a usufructo por lo que se produzca en dicho espacio. La zona de uso común generalmente no se fracciona y el certificado parcelario que posee cada ejidatario da constancia del porcentaje, no parcelado, de la superficie de uso común de la que tiene derecho a usufructo ese ejidatario. La zona de asentamientos es la que se ha destinado dentro del ejido, en su caso, para el establecimiento de viviendas.

¹⁰ Se trata de mujeres que se convirtieron en ejidatarias por la sucesión de derechos parcelarios de sus maridos al haber enviudado.

¹¹ La principal característica de los *avecindados* es que sólo cuentan con los solares que se les han dado para que vivan en la zona urbana del ejido y carecen de tierras de trabajo en la zona parcelada.

La zona de conservación es importante porque es fuente de recursos naturales que tienen importancia comercial de pequeña escala. Tal es el caso de los reptiles que se comercializan vivos para la exportación legal; especies vegetales no maderables comestibles como el chocho (*Astrocaryum mexicanum*) y el tepejilote (*Chamaedorea tepejilote*, *C. woodsoniana*) que tienen un mercado tradicional regional como alimentos; el barbasco, que llegó prácticamente a la extinción por la intensa extracción para venta a empresas farmacéuticas productoras de hormonas anticonceptivas durante las décadas de los sesenta y ochenta del siglo XX; y la madera muerta para uso en la construcción de casas o como leña.

La recolección y venta de productos no maderables representa una fuente provisional de ingresos para los grupos domésticos de avecindados durante el inicio del año, que coincide con la escasez de empleo que sufren los jornaleros contratados temporalmente para realizar actividades pecuarias.¹²

Gustavo Díaz Ordaz

Cuenta con una superficie total de 333 ha (133 están ocupadas por la zona de uso común y 199 para la zona parcelada). Habitan 244 personas (124 mujeres y 120 hombres), y está constituido por 35 ejidatarios y 19 grupos domésticos avecindados que carecen de acceso a tierras. Este último sector representa 55% de los grupos domésticos de la localidad.

La zona parcelada con fines productivos ocupa 60% de la superficie total del ejido. Ahí se practica la ganadería extensiva de bovinos. Existen pequeñas porciones dedicadas a la producción de maíz que ocupan menos de 10% de la superficie parcelada. Las tierras de uso común representan un poco más de 39% del total de la superficie del ejido, y han sufrido dos incendios; el primero de ellos sucedió en 1998, el segundo en el año 2003. Con ello, la diversidad de recursos naturales se redujo en cantidad y calidad, y actualmente carece de especies que puedan ser aprovechadas con fines económicos.

¹² Actualmente la superficie destinada para la producción de granos básicos no es suficiente para cubrir la demanda para el consumo local. Por esta razón se compra casi la totalidad de maíz y frijol que se consume en la localidad con recursos generados por otras actividades económicas desarrolladas dentro y fuera de la comunidad.

Factores remotos que dieron forma a la composición territorial de los ejidos influyeron cada vez más sobre las estrategias de supervivencia y sus adaptaciones a lo largo de su historia:

Yo vine de Puebla. Yo compraba y vendía de todo. Así vine a dar a Zapoapan. Ahí me quedé un tiempo y aprendí a sembrar café. Empecé a sembrar una finca en tierra prestada, pero me la quitaron y yo dije: '¡Voy a tener mi finca!' Me enteré que había tierras por aquí y ya me encontré con otros que igual querían, tomamos la tierra... Ya cuando tuve mi finca me sentía contento. Fue mucho el trabajo, pero estábamos jóvenes. Me casé. Llevábamos el café en mula para venderlo en Catemaco y regresábamos con panela o azúcar, ropa, verduras que aquí no se daban. (Constantino, 57 años, entrevista personal, PSM).

La colonización y el establecimiento de fincas de café y milpas de maíz fue la estrategia que dio forma a la vida campesina que empezó a transformar la selva. La fuerza de trabajo de los hijos, hijas y esposas permitió la colonización y la apropiación real del territorio. La actividad ganadera entró paulatinamente en las estrategias económicas familiares. El ganado se convirtió en un recurso de desarrollo económico y poco a poco se introdujo en la zona. El producto de la venta del café se invirtió en vaquillas y ese fue el inicio. Así se generaron hatos que ahora cuentan en promedio con 16¹³ cabezas por ejidatario¹⁴.

La caída del precio del café a fines de la década de los ochenta y el efecto de plagas como la broca, incrementaron los costos y disminuyeron las ganancias. El modelo cafetalero entró en crisis y se dejó de sembrar este grano, la producción se mantuvo únicamente en fincas que tenían varios años de haberse sembrado y que siguieron produciendo hasta que fueron derribadas.

Era una tristeza que el café se quedara en las plantas. Antes de esto se cosechaba tanto que llegaba a venir gente de Oaxaca para cosechar. Cuando el café dejó de valer, nada más cortábamos lo que podíamos entre nosotros [el grupo doméstico], era poco pero todavía comprábamos algo [de mercancías] con lo que nos daba. La broca también vino a fasti-

¹³ Se han identificado ejidatarios que tienen una o dos vacas propias y que rentan pasto de sus parcelas para otros ejidatarios o particulares que llegan a tener hasta 32 animales. Los ejidatarios que se identificaron con hatos mayores a 16 cabezas son menos del 5 por ciento.

¹⁴ Es importante considerar que hay elementos que limitan el tamaño del hato. La tecnología de producción al libre pastoreo está sujeta a factores como el índice de agostadero, que es de 0.8 animales por hectárea. Dicho índice está sujeto a situaciones como la sequía y el poco desarrollo de pastos en temporada de estiaje. Por otra parte, hay factores como la escasez de agua para que beban los animales que también limitan el tamaño del hato.

diar. Se empezaron a utilizar polvos para matarla, pero nosotros no los usamos mucho... Yo tenía una vaquita que compré y parió varias veces. Con las crías que vendíamos nos ayudábamos (Elías, 62 años, entrevista personal, GDO).

La siembra de pastos en fincas de café se puede ver hasta la fecha. El café sigue produciendo pero ya no se cosecha, y las fincas envejecidas han sido derribadas para dar lugar a grandes potreros.

El auge ganadero en el centro del estado se registró entre 1950 y 1960, mientras que en el resto de la entidad (la Huasteca, la cuenca del Papaloapan, Los Tuxtlas y el sur), el auge se da entre 1970 y 1984. Este último se vincula con el despliegue abrumador del financiamiento internacional con que apuntalaron los planes de modernización llevados a cabo, así como con un hambriento mercado interno (Lazos, 1996:187).

Las estrategias productivas de ganado de doble propósito y de engorda fueron experimentadas, generando un flujo considerable de recursos económicos. El ganado vino a suplir la producción del café pero también a transformar la participación del grupo doméstico en las estrategias de supervivencia; hubo momentos de franca bonanza:

Hubo gente que vendía un becerro y tenía dinero para un mes de comida y paseada. El ganado así es como su nombre, *ganado*, y así se gana de dinero. Pero también así se pierde. Porque un animal se da un mal golpe y uno no se da ni cuenta hasta que va uno a contar ganado al otro día y ya ve los animales golpeados o enfermos. Ya tirado un animal hay que gastar para levantarlo o dejarlo morir. Con un animal muerto se pierde mucho, se pierde. (José, 56 años, entrevista personal, PSM).

El desarrollo y arraigo de esta actividad se puede suponer cuando identificamos que la zona parcelada de estos ejidos, originalmente cubierta por selva alta, fue desmontada y sembrada totalmente con pastos forrajeros en menos de 20 años. Los beneficios de la actividad ganadera son relativos.¹⁵ Uno de los más importantes beneficios económicos de la producción pecuaria se reflejan en la seguridad financiera con que cuentan los grupos domésticos que tienen tierra, pastizales y ganado, ya que éste es parte del

¹⁵ El auge de la actividad ganadera tuvo un gran impulso en las políticas de financiamiento de la banca social. Hasta la fecha hay registro en los archivos de la Financiera Rural, antes llamada Banrural, de carteras vencidas adquiridas a finales de los años setenta y durante los años ochenta por muchos ejidos de la región para adquisiciones de ganado bovino.

circulante que pueden vender “aunque sea barato” y con esos recursos resolver alguna necesidad material apremiante, lo que la convierte un factor de seguridad importante.

Tengo mi ejido, son en total 17 hectáreas. Aquí tenía mis animales [ganado bovino], tengo agua de aquel arroyo, no falta en todo el año. Estaba lleno de ganado, unas vacas y becerros de engorda. Me puse malo, me internaron, estuve poco más de un año en Veracruz. En el seguro me operaron tres veces porque tenía tumores. Pero en los estudios que me hicieron y con un particular que me atendía antes de internarme, los gastos de estar allá con mi esposa y mi hija, con todos esos gastos los vendimos todos, y se acabaron los animales. Ahora nada más tengo tres vaquitas que están criando (Antonio, 70 años, entrevista personal, GDO).

Es importante identificar que, como plantea Chauvet (1999), la producción ganadera bovina entra en una fase crítica a nivel nacional en 1982, la cual alcanza sus niveles más altos en 1999. Entre los elementos que incidieron para generarla se encuentran la caída del precio del petróleo, la compleja relación de intercambio comercial de productos cárnicos con los Estados Unidos, la crisis devaluatoria interna de 1994, y lo que esta autora llama el agotamiento del modelo ganadero, que tiene implicaciones tecnológicas y comerciales en la producción ganadera en México. El efecto sobre los productores de la zona de Los Tuxtlas condujo a la quiebra financiera de muchos de ellos o de sus socios¹⁶. La difícil situación que se vivió en torno a la principal actividad económica de la región tuvo un impacto detonante en el proceso migratorio masculino hacia otras zonas del país a partir de 1995, y en 1998 comenzaron los primeros viajes hacia Estados Unidos.¹⁷

¹⁶ Existen modalidades de inversión asociada entre dos actores para la producción ganadera. La principal que se realiza en la zona es la aparcería o mediería en la que los ejidatarios se asocian con algún particular que aportará el capital para adquirir pie de cría o pie de engorda, ambos de ganado bovino. Las pérdidas que se registraron por la caída del precio de la carne durante 1998 y 1999 fueron desastrosas para muchos productores que se asociaban bajo esta modalidad pues en menos de ocho meses el valor del ganado se desplomó y registraron pérdidas sensibles.

¹⁷ No obstante las limitantes que enfrenta la producción ganadera, la principal actividad en que se ocupa la tierra, continua siendo la ganadería de cría y engorda estimulada por el alza que registra el precio de los becerros en pie a media ceba durante el inicio de 2005 y mediados de 2006. Esta situación se motivó principalmente por el cierre de la frontera a la carne de los Estados Unidos a principios de 2005 por la detección de organismos con enfermedad de las “vacas locas”.

Los límites de la estrategia de reproducción campesino ganadera en familias con tierra y la población avecindada

La producción ganadera se ha reducido a los márgenes económicos sostenibles. La pérdida de viabilidad ha derivado en la diversificación de las estrategias de supervivencia. El balance general es a todas luces complicado para la mayoría de los ejidatarios, quienes mantienen la producción pecuaria en niveles de subsistencia.¹⁸

A diferencia del ejido Perla de San Martín, Gustavo Díaz Ordaz no tiene una estrategia de apoyo a los avecindados con los recursos naturales de la zona de uso común y no han previsto ninguna otra acción con ese objetivo.

El ejido cada vez tiene menos que ofrecerles y, con ello, las estrategias de vida campesina ganadera pierden lugar en las expectativas de la población joven. Paradójicamente, en la zona se ha generado una dinámica particular relacionada con el valor de la mano de obra.

Esta circunstancia plantea una contradicción donde la falta de empleo genera migración, la migración impulsa el alza en el valor de la mano de obra, y la gente que desarrolla actividades económicas dentro de la localidad trata de evitar el uso de mano de obra para bajar los costos de producción.

¹⁸ En algunos casos se ha invertido en infraestructura de almacenamiento de agua y conducción de agua a bebederos y eso ha posibilitado el crecimiento del hato ganadero de algunos grupos domésticos. Esas inversiones han sido realizadas con remesas de los migrantes.

Migración y remesas

Para quienes la actividad ganadera no representa una estrategia viable, la migración hacia Estados Unidos se ha convertido en la mejor opción. Entre 1995 y el 2000 salieron de Veracruz 800,000 personas. Esta entidad ha escalado posiciones en la tabla de los estados que más contribuyen con población migrante a Estados Unidos, colocándose entre los primeros cinco expulsores de mano de obra (Hernández, 2005; Balboa, 2004). El Plan Estatal de Desarrollo 2006 describe esta situación como una *oportunidad* “ya que el envío de remesas de los emigrados a sus familias ascendió en 2004 a 950 millones de dólares, lo que potencialmente podría convertirse en una importante fuente de financiamiento de proyectos productivos a nivel regional” (Gobierno del Estado de Veracruz, 2006).

La reconstrucción histórica de las estrategias de reproducción de las familias campesinas deja ver que, si en una primera fase el cultivo y venta de café, la siembra de maíz, actividades de recolección y caza permitieron la subsistencia de sus colonizadores. La caída del precio del café y retiro del Inmecafe empujaron a las familias a otra estrategia en la que la ganadería ocupó un lugar central asociada a cultivos de autoconsumo, a la recolección y a la caza, aunque en menor medida que en la primera fase por el grado de deterioro en que se encontraba a finales de la década de los noventa. Una vez más, la crisis de la ganadería propiciada por las políticas aperturistas del mercado, en conjunto con la disponibilidad de agua y de empleo local, así como el alto porcentaje de vecindados sin tierra, ha conducido a las familias rurales de esta localidad a buscar nuevas estrategias de reproducción en las que la migración constituye un elemento central.

La creciente ola migratoria se asocia, sin duda, a una situación en la que ni el mercado ni el Estado favorecen la construcción de opciones de desarrollo local.

Las formas del proceso migratorio

Vámonos de la comunidad: migración interna

Las dificultades que enfrentaron los grupos domésticos de estas dos comunidades y la falta de perspectivas para algunos de ellos, dadas las limitadas oportunidades de empleo dentro de la localidad en las actividades económicas tradicionales, plantearon un panorama en el que la migración hacia otras ciudades de la entidad y otros puntos del país les permitían implementar actividades para la manutención de sus integrantes.

El proceso migratorio no inició con la migración hacia Estados Unidos. Existen reportes de que los primeros migrantes se marcharon con rumbo a la Ciudad de México desde 1980, donde las principales actividades en que se ocupaban estaban relacionadas con la construcción.

Un compadre y yo nos fuimos a la Ciudad de México. Fue por ahí del ochenta. Trabajamos de chalanos en unos edificios. Nosotros no sabíamos nada de ese trabajo, aquí no se hacían casas de material. A nosotros nos invitaron a trabajar unos parientes de San Juan Seco. Ellos ya iban a México a trabajar y necesitaban gente para trabajar. Nosotros aquí no ganábamos dinero y como ya nos invitaron nos fuimos mi compadre y yo. Regresábamos cada mes o dos meses. Yo así tardé como cuatro años y me cansé. Allá nos pasaba de todo pero no nos faltaba dinero ni comida... Ahora tengo dos hijos que también andan afuera. Uno se dio de alta en la policía del Estado y ya lleva trabajando ahí seis años. Ahora ayudó a su hermano para entrar. Apenas entró el año pasado (Samuel, 52 años, entrevista personal, PSM).

El arranque del proceso migratorio no sólo genera cambios en las actividades económicas predominantes y el lugar donde sus ejecutantes se encuentran para desarrollarlas; trastoca también las estructuras de los grupos domésticos, las relaciones entre sus integrantes, los roles que juegan en esas estrategias y el significado de estos roles en las construcciones de género que prevalecen entre ellos.

Marroni (2004:197), al examinar las experiencias migratorias y la violencia de género en grupos domésticos de localidades rurales en el estado de Puebla, hace un análisis sobre los roles de género que están en juego durante el proceso migratorio:

“Cuando una familia se decide por la migración del jefe varón, esta decisión debería reforzar, en principio positivamente, su papel como proveedor del grupo familiar –papel erosionado en las comunidades de origen por la baja rentabilidad de las actividades productivas existentes, la falta de empleo y la pobreza”.

A partir de las observaciones realizadas durante el estudio, se puede afirmar que existe una cadena jerárquica en la el género y la edad son determinantes para que los integrantes varones del grupo protagonicen los roles de proveedores. En primer lugar se encuentran los padres, como jefes de familia; en segundo lugar se encuentran los varones mayores de 16 años, capaces de responsabilizarse de parte de la carga que implica el trabajo fuera del grupo doméstico.

Bajo este orden de roles, se entiende que el resto de los integrantes del grupo doméstico (mujeres, niñas y niños, y dependientes económicos) permanecerán en el lugar de residencia. Las mujeres adultas, madres de familia, tienen roles generalmente asociados con la custodia y administración de las remesas. En otros casos, las mujeres son ejecutoras de adquisiciones, donde las construcciones de género asociadas al uso del dinero son un aspecto en cuestión.

Que hay que cuidar el dinero ahora que está trabajando, que cuando juntemos ese dinero será para tus hijos. Ahora mis hijos no van a sufrir lo que nosotros sufrimos. Ahora Claudio tiene la oportunidad de buscarle, antes no era así. Mi papá era mayoral y apenas salimos adelante todos mis hermanos. Mi mamá nos platica que nosotros la pasamos así, pobremente... Nosotros ahora tenemos para ir comiendo, y no nos falta nada. Los padres tenemos esa preocupación y queremos quitárnosla de la cabeza. (Cástula, 34 años, entrevista personal, PSM).

En los reacomodos de los vínculos maritales o de parentesco como producto de la migración y el envío de remesas, son las mujeres quienes sufren los procesos de transformación más profundos tales como cambios en la composición del grupo doméstico, los niveles de jerarquía entre sus integrantes, la redistribución generacional y genérica de las labores que realizaban los ahora ausentes, se expone a continuación.

Y me quedé sola. Sí, sí, me apoyaban los hijos mayores, fueron buenos: iban por leña, iban al potrero, sólo el más chico [no]. Ese no le gustó nada de eso. Cuando se casaron, dos de mis nueras me acompañaban. Ya también los niños más chiquitos habían crecido. Pero no fue fácil para mí tanta soledad. Gracias a Dios no nos faltaba nada pero a mí no me gustaba. Apartados no es lo mismo. Yo vi a mis papás y ellos trabajaban juntos, toda la vida hasta que ya no pudieron (María del Carmen, 65 años, entrevista personal, PSM).

En particular, las mujeres enfrentan rupturas en sus esquemas de relación conyugal y se ven obligadas a responder a nuevas formas que no necesariamente les son favorables, pues su posición y condición dentro del grupo doméstico y en la localidad se transforman a partir de su acción y de la influencia de otros actores.

Es importante identificar los vínculos de habitantes de estas localidades con familiares directos o amigos cercanos residentes de otras localidades del municipio de San Andrés o Catemaco, donde la actividad económica agrícola resintió desde antes los efectos de la crisis del modelo de vida campesino, al estar más próximos a los flujos de mercancías y personas que tuvieron experiencias más tempranas de migración acontecidas alrededor de 1996.

Mi esposo se iba y trabajaba cerca de la frontera [con Baja California], ahí se estuvo como un año trabajando en el cultivo de tomates y regresó. Me dijo que se quería ir al otro lado porque ahí conoció gente que se iba del otro lado y regresaba. Él no se fue entonces, como que tenía miedo. Regresó aquí y estuvo unos meses... ya luego se fue pa'l otro lado. Se animó y se fue de aquí con un primo. Se fueron de mojados los dos y esa fue la primera vez que se fue... Con esta ya es la tercera vez que se va a Carolina del Norte en el tabaco o en lo que hay. (Gloria, 36 años, entrevista personal, GDO).

Un proceso similar sucedió en la localidad Gustavo Díaz Ordaz. Los principales flujos migratorios se dirigieron entre 1998 y 1999 a la zona productora de hortalizas en Baja California Norte.

Vámonos al “otro lado”: migración internacional

La descripción cuantitativa del flujo migratorio internacional por grupos de edad en estas dos localidades se basa en una encuesta que buscó describir las características de los migrantes, hablamos de la edad. Lejos de un análisis cuantitativo minucioso, se buscó identificar relaciones generales entre la edad o posición generacional de los migrantes respecto a los grupos domésticos a los que pertenecen, es decir, un esfuerzo cualitativo para delinear ciertas tendencias entre estos factores y abonar a esta perspectiva centrada en los grupos domésticos.

El desplazamiento hacia Estados Unidos es principalmente masculino e indocumentado. Sólo se ha reportado la migración de una mujer originaria de Perla de San Martín que viajó con su marido hacia ese país con el fin de mantener su vínculo conyugal. Esta mujer migrante se dedica a vender comida a otros migrantes.

La descripción generacional de la población emigrante registrada en ambas localidades se agrupó en ocho grupos en función a la edad en que migraron: de 17 a 20 años, de 21 a 24, de 25 a 28, de 29 a 33, de 34 a 37, de 38 a 41, de 42 a 45 y de 45 a 49 años.

En 1999 se registró el primer flujo de migrantes en pequeños grupos. Cuatro personas de Perla de San Martín y dos de Gustavo Díaz Ordaz partieron hacia la costa este de Estados Unidos, al estado de Carolina del Norte.

La Perla de San Martín

La migración de Perla de San Martín se caracteriza porque la frecuencia migratoria de grupos de edad mayores, de 45 a 49 años, se presentó al inicio del proceso migratorio, durante sus tres primeros años, y sólo después de éstos se integró el conjunto de migrantes de 17 a 45 años de edad. Es decir, se fueron los primeros migrantes hombres, jefes de familia quienes migraron, todos ellos ejidatarios.

La frecuencia de migración por grupo de edad permite identificar que en procesos migratorios emergentes hay un grupo que se convierte en experimentador; se considera que ese fue el rol del grupo de 45 a 49 años para el caso de Perla de San Martín. También hay relación con que poco más de la tercera parte de los migrantes son ejidatarios, lo que representa que cuentan con recursos materiales que sirven como fondo de apoyo para financiar la experiencia migratoria, lo que en este caso se expresó en la forma en que el ganado bovino sirvió como garantía del pago del traslado o para pagar el costo completo del traslado desde la localidad de origen para el pollero.

Se observó que en 2004 un conjunto amplio de población joven migró en mayor número que otros grupos de edad. Este conjunto es el que cuenta con varones de 17 a 28 años de edad. Mirarlo con más detalle puede aclarar ciertos elementos. En este conjunto se identifican tres sub grupos: el de 17 a 20 años, seguido por el de 21 a 24 años y por el de 25 a 28, cada uno de estos con el mismo número de migrantes. Al observar esto se logra identificar que la frecuencia de la migración en estos grupos de edad no refleja únicamente las características del migrante, sino también las características de edad del grupo doméstico al que pertenecen.

Si bien el grupo de migrantes de 17 a 20 años es el grupo más joven y con mayor vida laboral por recorrer, la mayoría de ellos aún no establecen vínculos conyugales. Como parte del conjunto de migrantes jóvenes siguen los migrantes de 21 a 24 años, y el grupo de 25 a 28 años la mayoría de ellos cuentan con vínculos conyugales con hijos de corta edad.

El segundo grupo más numeroso es el de migrantes con edad de 42 a 45 años, quienes han superado el momento de manutención de hijos pequeños. En tercer lugar de frecuencia se encuentran en el mismo conjunto y con la misma frecuencia de individuos migrantes el grupo de 29 a 33 años, el de 34 a 37 años y el de 45 a 49 años, que son grupos que probablemente tengan familias jóvenes, con niños pequeños; o bien en el último grupo, al revés, con menos compromisos familiares en el sentido de la manutención de hijos pequeños. No se identificaron migrantes del grupo de edad de 38 a 41 años en esta localidad.

Hay ciertas características que dan mayores referencias que permitan interpretar la dinámica migratoria observada.

A partir de la información el grupo de jóvenes migrantes está constituido por migrantes de entre 21 a 28 años de edad, de los que presentaron mayor frecuencia migratoria, son jóvenes migrantes hijos de ejidatarios sin tierra, que cuentan con redes familiares que sirvieron como avalara asumir una deuda con el pollero con quien adquirieron un crédito por el costo de traslado a los Estados Unidos. Este, el grupo de 21 a 28 años de edad es el más numeroso observado en la localidad de la Perla de San Martín.

Localidad Gustavo Díaz Ordaz

En Gustavo Díaz Ordaz ha migrado con más frecuencia el grupo de 21 a 24 años. Los hombres que tienen entre 34 y 37 años son el segundo grupo con mayor migración. El tercer lugar de frecuencia por edad está constituido por los grupos de 17 a 20 y de 29 a 33 años. Los grupos de 25 a 28 años y de 38 a 41 años han presentado los menores índices. No se registraron migraciones de personas de 42 a 49 años. Los hombres de entre 17 y 25 años han permanecido migrando de manera constante desde 1999 como sucede en el caso de Perla de San Martín. Los grupos de edad mayores a 30 años comenzaron a integrarse a la migración a partir del año 2003.

El 69% de la población que ha migrado desde Perla de San Martín cuenta con vínculos matrimoniales y, de éstos, 65% tiene hijos. El 39% de los migrantes cuentan con tierras ejidales para desarrollar actividades productivas, el 56% son avecindados, y el 43% contaba con experiencias de migración interna previas a la migración internacional.

La proporción de migrantes ejidatarios rebasa la mitad de la población entrevistada, lo que nos permite identificar que, pese a contar con potencial ocupación en la localidad, los ejidatarios depositan grandes expectativas en la migración.

Cuadro 1. Perla de San Martín. Descripción de población migrante	
Descripción de los migrantes	Porcentaje
Migrantes con vínculos matrimoniales	69%
Con hijos	65%
Con tierras ejidales	39%
Avecindados (sin tierra)	56%
Cuentan con experiencias previas de migración interna	43%

Fuente: Elaboración propia.¹⁹

En la localidad Gustavo Díaz Ordaz, 25% de los migrantes de la muestra son ejidatarios y 75% son avecindados. Los primeros participaron en las fases iniciales del proceso migratorio en 1999 y 2000. El 31% de los migrantes de esta localidad contaban con experiencias migratorias internas previas.

Cuadro 2. Descripción de los migrantes de Gustavo Díaz Ordaz	
Descripción de los migrantes	Porcentaje
Son ejidatarios	25%
Avecindados	75%
Contaban con experiencias migratorias internas previas	31%

Fuente: Elaboración propia²⁰.

La tendencia general de la migración ha sido ascendente:

¹⁹ Esta tabla se elaboró con datos recabados para el trabajo de descripción de la migración realizado por el grupo de jóvenes comunicadores de la misma localidad y coordinado por el autor.

²⁰ Esta tabla se elaboró con información generada por el sondeo y las actividades que el autor realizó en la localidad en la fase de campo.

Antes se veía a los chamacos por las tardes en la calle jugando a la pelota. La mayoría ya no está. Ahora se juntan los más chiquitos y los medianos, los más grandecitos de 17 y 18 años ya se fueron. Ahora ya ni las muchachas tienen con quien casarse. Unas que son casaderas se hablarán por teléfono con algún muchacho que está por allá, pero imagínese, las muchachas se van a casar en una vuelta que se dé el muchacho para casarse y las van a volver a dejar. (Rosendo, 58 años, entrevista personal, GDO)

Características de los migrantes de ambas comunidades asentados en Estados Unidos

Integrando la información recabada en ambas localidades podemos identificar ciertas tendencias para estos migrantes la migración interna fue un elemento que alimentó de experiencias al proceso de migración internacional: una porción mayor al 30% había viajado con anterioridad a otro punto dentro de México y después tomaron la decisión de emigrar a Estados Unidos.

Existe una característica significativa en la población que migra inicialmente en ambas localidades: hombres que contaban con tierra (ejidatarios) predominaron en la primera fase migratoria internacional. El flujo de grupos generacionales de menor edad, en su gran mayoría carentes de tierras, predomina después del tercer año en que arranca el flujo y rebasan la cantidad de migrantes ejidatarios.

Carolina del Norte es el destino para la mayoría de los habitantes de Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz. Los principales condados del estado de Carolina del Norte a los cuales arriba la población inmigrante del estado de Veracruz son: Cumberland, Forsyth, Macklenburg, Wake, Raleigh, Charlotte, Gejville, Robertson Ville y Guilforde. Sólo en un caso, en que el migrante se fue de manera legal y por contrato, se identificó como punto de llegada el estado de Virginia a la ciudad de Virginia Beach.

En el lugar de destino, entre 74% y 62% de los migrantes realizan principalmente actividades en campos de cultivo; en menor medida, entre 13% y 31% se ocupan en la industria de la construcción, y entre 6% y 13% se dedican a alguna otra actividad dentro de las que se encuentran trabajar como obreros en fábricas o en el mantenimiento y limpieza a casas o jardines.

Financiamiento para migrar

Trasladarse desde la localidad de origen hasta Carolina del Norte o a otro punto de la Unión Americana requiere de una serie compleja de relaciones, conocimientos y recursos.

En esta región donde las “salidas hacia el norte” tienen poco tiempo de llevarse a cabo, todos los componentes de esta estrategia se han convertido en un aprendizaje, teniendo un costo importante para los migrantes y sus grupos domésticos. El contacto con los polleros o coyotes ha sido un paso fundamental para guiar el traslado. Pero ¿cuáles son las modalidades ligadas al traslado y cómo son mediadas por los polleros? En este apartado presento brevemente un análisis de este importante proceso en ambas localidades.

Las variaciones en las formas de traslado se basan en el grado de comodidades y riesgo que ofrecen a los migrantes, así como en diferentes modalidades de pago. Se identificaron dos:

1) La primera tiene un costo relativamente mayor al promedio e incluye el compromiso de llevar a los migrantes hasta alguna ciudad estadounidense, próxima a su destino, donde algún paisano o pariente los pueda ir a buscar y completen el traslado. Esta modalidad tiene un costo por persona de 25 mil pesos de contado y por depósito bancario, el cual se realiza hasta que el emigrante habla por teléfono desde Estados Unidos a alguno de sus familiares para asegurar que ha llegado bien a su destino y entonces se realiza el pago en efectivo o vía bancaria en ese mismo momento.

2) La segunda modalidad es más económica y más común: el traslado es vía terrestre desde la localidad hasta la frontera con el estado de Arizona. El pollero viaja desde la región de origen con los migrantes. Los entrega con otro grupo de polleros que los ayudan a atravesar el desierto. Al final del recorrido son recogidos por camionetas que los trasladan hasta su lugar de destino. Esta modalidad cuesta 18 mil pesos aproximadamente y presenta estrategias de financiamiento más flexibles como el crédito.

Para poder acceder al crédito que ofrecen los polleros hay algunos requisitos: que el migrante sea recomendado por otra persona que ya haya migrado y que funge como

aval por haber sido buen pagador de los servicios del pollero; presentar algún documento que avale alguna propiedad que se convertirá en una garantía prendaria del crédito para que, en caso de que por cualquier razón no complete el pago, el pollero recupere el capital financiado.

El valor del servicio que presta el pollero varía, y está sujeto a las reglas del mercado en la región. Cualquier variación al precio general del servicio del pollero está ligada a los términos del crédito negociado con cada uno de sus clientes. Por ejemplo, el precio de contado por los servicios es de 18 mil pesos y la tasa de interés anual a la que está sujeto el crédito es de 40%, de modo que el monto total a pagar por el servicio en un año es de 25 mil 200 pesos.

La estructura de los grupos domésticos, la condición y posición de sus integrantes y las formas de uso de las remesas

Uno de los factores en los que se concentra materialmente el efecto del proceso migratorio es el envío de los recursos que genera el migrante. Las remesas son un elemento central en el que se identifica el resultado del proceso migratorio.

Hablar del uso de remesas en el grupo doméstico nos lleva al terreno del dinero en el hogar y con él, al análisis de las relaciones entre los actores que se involucran en el manejo directo o indirecto de éste, siempre que las remesas simbolizan la posibilidad de transferir el producto del trabajo generado por el migrante.

El proceso migratorio ha generado transformaciones en las estrategias de reproducción que D'Aubeterre Buznego (2002: 50-51) señala:

La organización de estos grupos en un espacio social transnacional aparece asociada a la creciente pérdida de importancia de la producción agrícola basada en el trabajo familiar como sustento de los procesos de producción material del grupo, y a la consecuente importancia que han adquirido los ingresos que tienen en los Estados Unidos ante los jefes de estos grupos como hijos e hijas que, apenas centrados en la adolescencia, emprenden la ruta *al norte* (2002: 50-51).

La migración transforma la estructura del grupo doméstico y, como consecuencia, la distribución de las labores según el sexo y edad. Concretamente para la zona de estudio, el reciente proceso migratorio ha derivado en transformaciones de las rela-

ciones de las mujeres con los otros integrantes de su grupo doméstico y otras unidades domésticas, es decir, ha incidido en cambios de su condición y posición de género.²¹

Las remesas son otro factor que ha comenzado a acentuar las diferencias entre familias que cuentan con migrantes y familias que no, pues permiten cubrir algunas necesidades de la unidad doméstica, tales como adquirir ganado, tierras y algunos bienes que aseguren la estabilidad material del grupo. Esta situación también transforma el papel y la posición jerárquica que mantiene una mujer que pertenece a uno de estos grupos domésticos que tienen alta capacidad de consumo con respecto a otras que no.

Grupos domésticos y relaciones de género en el uso de remesas

El objetivo de esta sección del texto es caracterizar y analizar a través de la definición de tipos de grupos domésticos receptores de remesas de Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz a partir de su composición genérica y generacional. La diversidad de configuraciones de grupos domésticos encontrada en campo se condensó en cinco tipos. Esta descripción abre el espacio a la discusión en torno a las relaciones de género involucradas en el uso de remesas por parte de mujeres receptoras en el contexto de los grupos domésticos de los que forman parte.

1. Pareja joven (mujer y hombre con edad promedio que va de los 20 a los 30 años). Hijos e hijas pequeños (bebés) o en edad preescolar y escolar, avecindados. Las principales actividades que permiten traer recursos económicos a la familia son, por un lado, el empleo del varón como jornalero con los ejidatarios y ganaderos de su comunidad o de las comunidades vecinas, migración interna temporal como jornalero o albañil; por otro, la madre de familia vende gelatinas, verduras, frutas, pollo, ropa o cosméticos. Carecen de casa propia. La migración a Estados Unidos es una estrategia de sobrevivencia reciente que les permite emplearse como jornaleros agrícolas con mejores salarios.

²¹ En relación con la condición y posición de la mujer, Kate Young (1996:18) señala que por condición se refiere al estado material en el cual se encuentra la mujer (pobreza, falta de educación y capacitación, su excesiva carga de trabajo, su falta de acceso a la tecnología moderna, instrumentos perfeccionados, habilidades para el trabajo, etcétera). Posición supone la ubicación social y económica de las mujeres respecto a los hombres

2. Pareja de edad intermedia (mujer y hombre de 30 a 35 años). Hijos púberes y adolescentes (finalizan primaria y comienzan secundaria), ejidatarios. Los principales recursos económicos con los que cuenta la familia se derivan de las actividades agropecuarias que realizan en la parcela o parcelas, cuyo titular es el jefe de familia. Éste y algunos de sus hijos varones las llevan a cabo. El jefe de familia ha comenzado a migrar hacia Estados Unidos por mejorar su calidad de vida.
3. Pareja de edad media (mujer y hombre de 30 a 35 años). Hijos púberes y adolescentes (finalizan primaria y comienzan secundaria), avecindados. El jefe de familia y algunos de sus hijos varones se emplean como jornaleros tanto en su comunidad como fuera de ella. El jefe de familia y sus hijos mayores de 15 años migran periódicamente hacia las principales ciudades de la región o a la Ciudad de México. Ya sea alguno de sus hijos adolescentes o el propio jefe de familia han comenzado a migrar a Estados Unidos.
4. Jefa de familia (viuda), con hijas e hijos de diferentes edades (niños, adolescentes y jóvenes), ejidataria. Para complementar los ingresos de las actividades agropecuarias que desarrolla en su parcela, se dedica al comercio en pequeña escala. Tiene uno o varios hijos en Estados Unidos.
5. Jefa de familia (viuda o separada), con hijas e hijos de diferentes edades (niños, adolescentes y jóvenes), avecindada. Se dedica al comercio en pequeña escala y tiene uno o más hijos; cuando los hijos son mayores, tiene a alguno de ellos trabajando fuera de la localidad, inclusive en Estados Unidos.

El caso que se presenta a continuación se relaciona con un grupo doméstico encabezado por una mujer viuda y ejidataria.

Andrea, de la localidad Gustavo Díaz Ordaz, de 46 años. Viuda desde hace 18 años, ejidataria sucesora en el ejido. Tiene cuatro hijos de 30, 27, 24 y 20 años, y dos hijas, una casada de 20 años y otra adoptiva de 2 años.

Yo tengo cinco hijos y una hija de crianza [adoptiva]... Yo me dedico desde que enviudé al campo, a la cocina y vendo recaudo [verduras y frutas], ropa y otras cosas en los ranchos. Para el recaudo me dan crédito (Andrea, 53 años, entrevista personal, GDO).

Andrea nunca se volvió a casar. Desde hace 18 años, desarrolla una compleja serie de actividades que permitieron la crianza de los hijos: el comercio de verduras, el cultivo de café y posteriormente la cría de ganado bovino de engorda y de doble propósito. Desarrollando estas actividades, logró criar a sus seis hijos.

Al faltar el padre, asumió la responsabilidad de proveedora. Esto le planteó una carga de trabajo mayor, pero su rol fue ese y se encuentra satisfecha con la forma en que lo desempeñó.

De mis hijos el primero está casado en los Estados Unidos. Se casó allá con una muchacha que es mexicana. El segundo se fue también y también se casó, ese le ayudó a su hermano [el tercero] a estudiar para maestro. Ese le prometió que le iba ayudar a estudiar hasta que terminara y así hizo, hasta cuando terminó [se graduó] su hermano se casó... El más chico dijo que 'como ya mis hermanos se casaron ahora nos va a ayudar cuando puedan y cuando no, no. Por eso me voy mamá para trabajar y ayudarla.' El único que se quedó es el que estudió y anda buscando trabajo. (Andrea, 53 años, entrevista personal, GDO).

Tres de los cuatro hijos de esta jefa de familia se encuentran viviendo en Estados Unidos, en Carolina del Norte. Ellos envían dinero mensualmente y una porción se destina para el pago de los gastos del hijo que estudia para ser maestro. Éste es un rasgo importante, pues el envío de remesas está enfocado a tratar de transformar las posibilidades de desarrollo de quienes se quedan en la localidad. Sin remesas, este joven no podría dedicarse a estudiar.

Pero ¿por qué se da financiamiento a la educación del hermano varón y no para alguna de las hermanas? En un primer acercamiento podemos decir que existe una construcción de género donde se identifica que los varones son "buenos para los estudios" y las mujeres son "de cabeza dura". Es por ello que se invierte en la educación del hermano varón para que sea maestro, pues ésta es una expectativa explícita de la madre ante el hijo estudiante.

La incorporación de sus hijos al proceso migratorio tiene características importantes, ya que se ha hecho una cadena migratoria para garantizar la reproducción de la familia que se queda en la localidad. A partir del matrimonio de los hijos varones migrantes, el siguiente en edad fue asumiendo el rol de proveedor migrante enviando remesas para el sustento de los integrantes del grupo doméstico. El mayor se casó con una mujer mexicana en Estados Unidos y el segundo de los hijos asumió la ma-

nutención de la familia. El último se acaba de ir al norte para aportar recursos a su grupo doméstico.

Un rasgo interesante de la forma en que el relevo generacional sucede entre migrantes en esta fase inicial se marca con el sentido que cobra su vida en medio de todas estas transformaciones. En particular, la forma en que el segundo de los hijos de Andrea asume la tutoría de los estudios de su hermano menor, el tercer hijo, que está concluyendo estudios superiores como maestro, y la forma en que el compromiso o tutelaje concluye cuando el migrante se casa en Estados Unidos. Este hecho marca el fin de su rol de proveedor con el grupo doméstico de origen, pero en particular con el hermano estudiante, que parece ser el foco de su aporte económico.

En esta secuencia de relevos, el hijo más joven asume su lugar en el proceso migratorio en consideración de que hace falta el apoyo económico a la madre y a la pequeña hermana que vive con Andrea.

Por otro lado, la hija mayor se encuentra casada, reside y trabaja en Mexicali, no ha participado en la construcción del ingreso de Andrea y el grupo doméstico, pues no corresponde a su rol de género desarrollar actividades económicas y menos aún destinar esos recursos al espacio doméstico de la familia de su madre, por lo que se identifica que sólo los hijos varones contribuyen, en diferentes momentos, a traer los ingresos a casa.

A los hijos varones migrantes les corresponde invertir en mejoras para la casa, así como en medios de producción que garanticen algún ingreso para el grupo. Cada uno de ellos han cumplido con su rol cuando llega su momento en el relevo generacional; estas obligaciones son vigentes siempre y cuando no sean proveedores de su propio grupo doméstico.

Con lo que han mandado mis hijos hemos hecho muchas cosas. Se construyó esta casa de material. Todavía le falta su techo de material pero no sé si se vaya a poder... Tenemos vacas y becerros a medias. Sí, también tenemos becerros y vacas propios... El [hijo] que ya se casó, me dijo "yo voy a ayudar a mi hermano para que termine de estudiar". Y hasta que se tituló su hermano se casó. Mis hijos me han ayudado mucho con los menores... Yo sola no podría con tanto, pero desde que se fue el primero a Estados Unidos me han ayudado mucho. Sólo así, entre varios, y haciendo varias cosas. (Andrea, 53 años, GDO).

Mejorar las condiciones de vida, en particular las de la vivienda, apoyar la crianza de los hermanos menores financiando el consumo de bienes básicos, invertir en las actividades económicas (particularmente la ganadería que permite generar ingresos) e invertir en la educación profesional del único de todos los hijos que concluyó estudios de nivel licenciatura, son el orden de elementos a que se destinan las remesas enviadas en este grupo doméstico.

Con el caso de Andrea se ilustra que el rol de una mujer viuda es desarrollar actividades económicas para la manutención de sus hijos. Nunca se volvió a casar, y desarrolla actividades que permitieron la crianza de sus hijas e hijos. La migración escalonada de los varones ha sido un alivio económico a su tarea.

Esta historia permite revisar los roles masculino y femenino en la reproducción familiar, pues si al enviudar se ve obligada a asumir el rol de proveedora –y lo hace durante años– al crecer sus hijos, ellos asumen de manera escalonada el rol de proveedor que ya no puede cumplir el padre; Andrea, aunque continúa trabajando, se apoya centralmente en las remesas que no son para subsistir, sino para que uno de sus hijos tenga acceso a otro destino: estudiar. En este sentido las remesas contribuyen a modificar trayectorias de vida que de otro modo tendrían expectativas menos favorables. Por otra parte, las remesas le ayudan a Andrea para consolidar estrategias económicas que le permitirán generar ingresos con cierto margen de autonomía, pues contando con bienes de capital para invertir en la adquisición de ganado bovino y para la venta de verduras, ha podido solventar la manutención de su grupo doméstico desde que enviudó.

Siguiendo con la tipología de grupos domésticos que se trazó al inicio de este apartado, se hará referencia a la categoría de avecindados con hijos menores de 12 años, en el que tanto el padre como la madre son menores de cuarenta años y han estado involucrados en un proceso migratorio interno antes de que el varón viajara a Estados Unidos.

El testimonio de Gloria es significativo en este sentido. Ella y su esposo son hijos de ejidatarios, pese a ello, la herencia es patrilineal y Gloria no es candidata a heredar tierras bajo este esquema. Su esposo tampoco es ejidatario pues su padre aún vive y trabaja la tierra. Desde muy jóvenes, cada uno por su lado, se vieron en la necesidad

de salir de la localidad²² para trabajar en el Distrito Federal donde se encontraron y formalizaron su vínculo conyugal.

Mi esposo ha viajado tres veces p'al otro lado. La primera vez se fue en el 2000. Hay gente que va y se queda allá varios años. Mi esposo no. Él ha tardado más de dos años y medio para regresar. Tenemos dos hijos: una niña de siete y un niño de 10 [...] La familia de mi esposo nunca lo apoyó, nosotros llegamos a este terreno que nos dio mi papá para vivir. Vivimos varios años en una casita de madera que tenía construida mi hermano mayor. Esa casita estaba muy agujerada. Mi esposo se fue a Carolina del Norte con mi hermano mayor, [quien] le echó la mano para irse. Primero que encontró trabajo se fue pagando la deuda que se tenía con el pollero [...] Terminó de pagar como en ocho meses lo que se le debía [...] y se empezó a construir esta casa, buscamos los albañiles y a comprar material (Gloria, 34 años, entrevista personal, GDO).

Las migraciones de tipo cíclico, donde el varón migrante regresa en periodos no mayores a dos años, se presentan con frecuencia en la localidad Gustavo Díaz Ordaz. Como lo plantea Gloria, el primer viaje tuvo un propósito económico estimado: la construcción de su casa. El esposo regresó y en seis meses realizó su segundo viaje con el propósito de adquirir una parcela que permitiera generar ingresos a partir de actividades productivas, esperando que estos fueran suficientes para no migrar más.

Este caso en particular es relevante pues está permeado por la experiencia personal de Gloria, ya que estuvo involucrada en el proceso de migración interna. A pesar de que ahora está en la comunidad, continua viéndose a sí misma como agente económico activo.

Yo vendo cosas de folleto de Fuller y Avon, eso lo he hecho desde antes que naciera mi hija, en México. Es poco el dinero que gano, pero nos ayuda mucho porque de lo que manda [su esposo] gasto lo menos que puedo, y los gastos que van saliendo los hago con lo que saco de mis ventas. Sólo si no alcanza con lo que gano tomo algo de lo que se va ahorrando (Gloria, 34 años, entrevista personal, GDO).

Al describir el rol que le corresponde a la mujer en el proceso migratorio, queda claro que una “buena mujer” es una excelente ahorradora de forma que, mientras menos se

²² Gloria narra en la entrevista que migra de la localidad hacia la Ciudad de México cuando tenía 14 años. Su ahora esposo tenía 19 años y trabajaba como obrero en una fábrica. Se reencontraron, pues ya se conocían del pueblo. Entonces comenzaron su vida en pareja pese a la desaprobación de ambas familias. Regresaron al pueblo dos años después, al nacer su primera hija el esposo migró hacia Baja California Norte. Después tomó la decisión de viajar hacia Carolina del Norte con el hermano mayor de Gloria, quien le buscó apoyo para conseguir el préstamo y pagar los servicios del pollero.

gaste en aspectos como la manutención y crianza de los hijos o el mantenimiento de la casa, será más provechoso el esfuerzo que realiza el marido o el hijo para migrar y aumentar el patrimonio familiar. En el caso particular de Gloria, al rol de ahorradora suma el rol de proveedora, donde a partir de actividades económicas formales se genera un fondo que tiene la función de cubrir las necesidades de consumo básico de su hija, su hijo y de ella misma. Sólo a partir de ese fondo es que se logra mantener un cerco sobre el ahorro del fondo generado por remesas.

También pone en la mesa las dificultades a las que se ha enfrentado, como muchas otras mujeres, en su rol de ahorradoras para entregar buenas cuentas cuando los esposos regresen. Por lo que comparte Gloria, las mujeres tienen sobre sí el peso de la administración de los recursos enviados; en casos como la construcción de las casas, también administran la obra con todas las tareas que esto implica. Estas labores se suman a las que tradicionalmente se vinculan y realizan las mujeres en el campo.

Eso es lo que le he dicho a él [su marido], que si yo no trabajara en lo que trabajo, no hubiéramos podido ahorrar. Así fue cuando [en] el primer viaje se construyó la casa de material. Regresó y estuvo aquí unos meses, luego se volvió a ir y ya había dejado apalabrado con un señor la compra de un terreno, nos cobró 120 mil pesos, y así poco a poquito lo fuimos pagando. Ellos [los que están del otro lado] sufren porque se tienen que lavar, que cocinar, pero gozan porque visten bien, comen bien y yo le he dicho: 'Ustedes mandan y no saben cómo se tiene una que quebrar la cabeza para ahorrar el dinero y que vengán y encuentren dinero para poder comprar' [...] Hubo un tiempo que mis hijos sufrieron mucho [...] Primero se tenía que pagar todas las deudas. Sí, pagarle al albañil, sí pagarle el material, sí pagarle el pollero, luego nos quedaba muy poco. Mis hijos llegaron a pasar hambre. Él se acaba de ir otra vez. Yo le dije que ya tenemos la casa, ya tenemos parcela, ya tenemos animales [ganado], pero él dice que hay otros que ya tienen y van por más. Esta va a ser la última vez. Estamos esperando que regrese ahora para diciembre. (Gloria, 34 años, entrevista personal, GDO).

El dinero dentro del grupo doméstico tiene significados adicionales al valor de uso que representa para adquirir mercancías o bienes necesarios para la supervivencia. También simboliza poder, lo que constituye un factor determinante en la posición y condición de los integrantes del grupo doméstico. Las relaciones de género entre cónyuges está determinada por los roles que juega cada uno de ellos en la generación de ingresos.

Ser una “buena esposa” de un migrante avecindado se convierte en un símbolo cultural de gran valor para el sistema de género, que garantiza un parámetro al cual son sometidos la acción y proceder de las esposas de hombres migrantes. Es el molde del comportamiento adecuado de una mujer que, como símbolo cultural, se constituye a partir del significado que ese grupo social produce y reproduce a través de las acciones de cada uno de sus integrantes y los mecanismos sociales que presionan a quienes no los reproducen.

Roles de género en el uso de las remesas

El rol que sostiene el sistema de relaciones de género está determinado por la sociedad de estas localidades, pero las prácticas y principios, la forma de entenderlos y darles significado está en manos de las mujeres y los hombres, quienes los reproducen y refuerzan como patrón de comportamiento. Gloria desempeña ese rol en una situación desafortunada por sufrir hambre con sus hijos. Esto tiene un referente social cuando ella misma plantea:

Hay algunas mujeres que se compran y pasean todo lo que les manda sus maridos. Ya las ves después de varios años y no han hecho nada. Están igual que antes de haberse ido... De que sus maridos mandan, sí mandan. Es el caso de mi cuñado. Es hermano de mi marido. Se fue con él [su marido] la última vez. Ya va a cumplir dos años y no han hecho nada... Mi suegro le pide dinero a mi cuñado y lo malgastan. Son dos años desde que mi suegro empezó a construir su casa y no han podido terminarla. (Gloria, 34 años, entrevista personal, GDO).

Las mujeres en circunstancias de migración están expuestas al juicio público a partir de los rasgos que son visibles para el resto de la comunidad. La frecuencia con que salen de la localidad, el tipo de alimentos que compran, el tipo de ropa que visten y otros rasgos que, a juicio de sus intérpretes, pueden ser muestra de que estén rebasando los límites que le permite su rol y que las someten al juicio público que reafirma principios del sistema de género que se construye en medio del proceso migratorio.

La posición de ahorradora-proveedora que representa Gloria, parece tener algunas ventajas, más aún cuando se ha hecho público el hecho de que ella y sus hijos han realizado sacrificios importantes por desempeñar adecuadamente el rol que les corresponde. Pero esta puede ser un arma de dos filos para las condiciones de bienestar

de las mujeres. Pueden obtener mayor prestigio en la comunidad cumpliendo a satisfacción el rol que se les exige, pero el costo para ella y para sus hijos es muy elevado.

Mi mamá me dice que les compre ropa a los niños, que los saque a pasear. Yo le digo: “No mamá, hay que cumplir con los compromisos que tenemos y más si se trata de deudas”. (Gloria, 34 años, entrevista personal, GDO).

Pese a los costos que tiene que afrontar con sus hijos pequeños, es importante considerar su posición: su proceder ante la familia, la madre, el esposo, otras mujeres y sus maridos migrantes, la han convertido en un referente como “buena mujer esposa de migrante”, con el prestigio que esto puede significar. Este prestigio y el buen desempeño de su rol no están lejos de convertirse en un valor de cambio en la negociación que establece con el marido en su relación conyugal, así como con otros actores dentro de la localidad.

La correlación de fuerzas con su cónyuge está relacionada con el rol que desempeña la mujer y la forma en que lo hace. El efecto favorable que tiene para Gloria plantear ante su marido la importancia de su esfuerzo por generar ingresos para el grupo doméstico, aunque éstos sean cuantitativamente menores, le permite establecerse en una posición suficientemente fuerte como para plantearle que han logrado construir una casa de material,²³ comprar una parcela de cuatro hectáreas y seis cabezas de ganado propio *también gracias a ella*, a su trabajo.

Es el esfuerzo que ella realiza (generando actividades económicas para evitar utilizar el dinero que envía su marido) lo que facilita que las remesas se destinen de manera casi íntegra a aquellas inversiones que permitirán la transformación de sus condiciones de vida como avecindados dentro de esta localidad. El factor dinero revela distintos elementos respecto a la manera en la que algunas mujeres viven la migración, primero como migrantes y después como receptoras de remesas, y las estrategias que tejen para constituirse como actoras en espacios en los que tradicionalmente no tienen cabida.

²³ Tal como se señaló al inicio de este documento, Los Tuxtlas es una región húmeda que se caracteriza por tener una fuerte temporada de lluvias. En este contexto, tener una casa en excelentes condiciones que permita que los niños y ancianos no se mojen, responde a una necesidad básica. Las casas de material contrastan fuertemente con las casas de madera y techo de lámina o palma. Más que una cuestión de prestigio, representa la diferencia entre la salud y la enfermedad de los integrantes del grupo doméstico.

La historia personal de Gloria, migrante desde los 14 años que regresa a la localidad convertida en madre, es sólo una fase de su esfuerzo como mujer, como esposa y madre de familia, por ser sujeta económica, y lo logra a través de actividades de compra y venta de productos por catálogo en la localidad y en otros pueblos cercanos. Esto es el reflejo de la lucha que esta mujer mantiene por ser una protagonista activa en la construcción de las estrategias económicas de su grupo doméstico. El rol que desempeña Gloria también refleja la necesidad de que se reconozca su capacidad para generar ingresos, transformando su posición dentro el grupo doméstico. Esta situación le permite tener otros elementos a su favor en la negociación con su cónyuge por ser reconocida como coautora de las mejoras económicas de su grupo.

Mecanismos de sujeción y sistema de género

El caso que se presenta es de una pareja de vecindados que sólo tienen consigo a la hija del primer matrimonio de la mujer. El varón se encuentra en Estados Unidos. Es interesante también reflexionar a la luz del testimonio que nos da Margarita, pues ella es una de las mujeres que “no han podido hacer nada” con los recursos que envía su marido desde Estados Unidos. A ella la identifican públicamente como mala ahorradora y mala administradora del dinero que genera su esposo.

Yo soy *fracasada* de mi primer matrimonio porque mi esposo se quedó con mi hermana. Yo soy *juntada* con mi marido que se fue hace dos años a los Estados Unidos, Carolina del Norte. Él se fue para el otro lado para que yo me curara... Estoy enferma de diabetes. Estuve de al tiro mal y estuve internada en el hospital. El poquito dinero que manda para los gastos apenas alcanza para la medicina. Ahora todos los días me tengo que inyectar insulina... (Margarita, 34 años, entrevista personal, GDO).

La historia de Margarita en relación a su condición de salud permite analizar cómo es que en el rol que debe desempeñar la esposa del migrante entra en juego y se perfila un conflicto evidente entre la valoración cultural campesina sobre la salud y el cuerpo de las mujeres, y el fortalecimiento de las estrategias de supervivencia de un grupo doméstico que se mueve por debajo de las condiciones mínimas de subsistencia.

[El marido] ya se aburrió y dice que se quiere regresar [...] Él lleva dos años allá y no hemos hecho nada [no han construido casa ni comprado terreno] Yo no trabajo, porque yo fui huérfana y me crió una tía que no me dejaba trabajar y ahora enferma no sé ni en dónde me puedan recibir, porque aquí no hay trabajo. (Margarita, 34 años, entrevista personal, GDO).

La relación que mantiene el migrante con su grupo doméstico paterno se basa, entre otras cosas, en aportes económicos que éste realiza para la construcción de la casa de los padres; es un factor importante considerar pues aportar para una construcción distrae también recursos de lo que podría ser el patrimonio de su propio grupo doméstico. El monto de las remesas puede resultar insuficiente para mantener los costos de atención médica y medicamentos para una mujer enferma de diabetes que requiere medicación diaria, gastar en las necesidades de consumo básicas de la esposa e hijastra adolescente, y financiar los estudios de esta última.

La incapacidad de ahorrar no depende exclusivamente de alguna cualidad financiera o de la vocación de sacrificio de la esposa del migrante; hay otros factores que entran en juego como es la diversidad de destinos que pueden tener las remesas y el tamaño de las mismas.

Si antes de que el fenómeno migratorio se generalizara, una buena esposa se identificaba con la obediencia, el recato, la fidelidad, la maternidad, el trabajo doméstico y el cuidado de sus hijos, en la familia transnacional los nuevos parámetros para definir a una buena esposa se asocian también a su capacidad para administrar, invertir y ahorrar remesas. La feminidad local está modificándose.

La opinión que prevalece en la localidad se inclina por señalar que los hábitos de consumo y de *diversión* de esta mujer no permiten que consolide el *esfuerzo y sacrificio* del marido migrante en bienes materiales, como se espera que haga. Él ha cumplido su rol de proveedor, pero, ante la comunidad, ella no ha sido una ahorradora eficaz. En este juicio no se consideran factores que limitan el ahorro de las remesas en este grupo.

Bajo los distintos casos analizados, se puede decir que en la localidad hay una tendencia a reducir el espacio de acción de las mujeres a la esfera doméstica. Pese a esto, muchas de ellas no se contentan con esa limitante y apuestan por la generación de recursos económicos retando la opinión de la comunidad. Son pocas las mujeres que se han propuesto hacerlo, ya que esto implica desempeñar una doble o triple jornada de trabajo, que en contextos de migración se torna aún más complicado ante la ausencia de los varones del grupo doméstico, con lo que además se agregan las labores tradicionalmente masculinas.

Para aquellas que no desarrollan actividades económicas, queda el rol de buenas administradoras de remesas y de sujetarse a las condiciones que plantee el jefe de familia desde Estados Unidos o la imagen tutora masculina en la localidad, que en muchos casos son los suegros o incluso las suegras para las mujeres casadas, o los esposos para las madres de migrantes.

El caso que se analizará a continuación corresponde a una pareja *joven* de edad menor a treinta años con hijos e hijas pequeños, en edad preescolar y básica. Las principales actividades económicas de grupos domésticos avecindados son el empleo del varón como jornalero con ejidatarios y ganaderos de su localidad o de las comunidades vecinas. Carecen de casa propia y residen con los padres del esposo. La migración a Estados Unidos es una estrategia de sobrevivencia reciente para este tipo de grupos pero les permite emplearse como jornaleros agrícolas y les abre posibilidades para adquirir un solar y construir una casa propia de material con los recursos generados por remesas.

El caso del grupo doméstico que forman Guadalupe y Lucas es un ejemplo de ello. Guadalupe tiene 20 años y él 25. Tienen una hija de 6 años y un hijo de 4. Vivían en una vieja casa de madera dentro del solar de los padres de Lucas cuando él migró por primera vez. A pesar de que su padre es ejidatario, Lucas es avecindado; él trabajaba con su padre pero sus ingresos en la parcela paterna y las actividades que desarrollaba como jornalero para otros ejidatarios no fueron suficientes para poder generar un patrimonio propio y optó por migrar en 2001. Al respecto, su esposa plantea lo siguiente:

Lucas tuvo algunos problemas para pasar. Fue la primera vez que alguien de sus hermanos se iba. No sabían cómo estaba la cosa en Estados Unidos. Encontró trabajo pronto pero no tardó mucho tiempo allá... Desde antes de que se fuera platicamos que no tardaría mucho [en regresar]. Nosotros nos quedamos viviendo con mis suegros en una casita de palos que nos prestaron junto a la suya desde que nos casamos [...] casi no hacíamos gastos [...] Cada mes bajaba con mi suegro a Catemaco al Bancomer por el dinero que mandaba. Nada más lo veíamos [el dinero] porque luego luego me iba con mi suegro a pagar la deuda [del pollero]. Al principio casi todo el dinero se fue para eso, porque teníamos que pagar. Mis niños todavía están chiquitos y no gasto mucho en ellos, su comida, es poco lo que se gasta, de ropa casi no se gasta. (Guadalupe, 20 años, entrevista personal, GDO).

Lucas ha realizado dos viajes a Estados Unidos. El primero fue en 2001, y permaneció ahí 18 meses. Durante este periodo logró recuperar la inversión por el traslado.

Logró también enviar recursos para la manutención de su familia. En el caso de Guadalupe la recepción de remesas que reporta fluctúa entre 600 y 1,000 pesos mensuales para gastos de alimentación, además de pagar la deuda por del traslado que implica el pago de intereses, lo que representa alrededor de 2,400 pesos. El monto recibido después del pago al pollero se incrementa sensiblemente hasta 3,000 pesos.

Los primeros meses en que los envíos eran reducidos se dirigieron al gasto en alimentos y vestido. Con montos mayores logró ahorrar recursos suficientes para la construcción de una pequeña casa de material.

Primero se pagó lo que se debía [...] Luego de unos meses lo que me dijo Lucas es que cuánto llevaba yo guardado. Porque si quería que se regresara en un año había que ver si ya nos alcanzaba para construir la casita. Yo le dije que le había preguntado a su papá, y con el dinero que había ya alcanzaba [para construir la casa]. Entonces ya nada más tardó cuatro meses y se regresó... Ya pusimos nuestra casa. Aquí se estuvo como ocho meses, pero el menor de sus hermanos estaba con que se iba, y se iba, entonces se decidió a irse con él y ahorita está allá otra vez. Tienen pocos meses pero ahora no quedamos en nada [respecto a la fecha de regreso]. (Guadalupe, 20 años, entrevista personal, GDO).

Según estimaciones, una casa como la que construyeron Lucas y Guadalupe, de una superficie aproximada de 25 metros cuadrados, con tres habitaciones, sin aplanados, con piso y techo de concreto, ventanas y puertas de acero e instalación eléctrica, pero sin ninguna instalación de baño ni cocina en su interior, tiene un costo aproximado de 30 mil pesos considerando sólo la adquisición de materiales de construcción.²⁴

¿Cuál es el rol de Guadalupe como mujer receptora de remesas? La relación que se ha establecido entre esta joven familia y el grupo paterno es estrecha. Desde antes de la migración ya compartían el espacio doméstico. La residencia de las esposas en los hogares de los padres del migrante implica tutelaje y se convierte en un mecanismo de control; por una parte, se resuelve la necesidad de tener un techo que aloje a la joven pareja y a sus hijos; pero por otro, significa un estrecho control y tutela sobre el desempeño de las nueras.

²⁴ La mano de obra necesaria para construir la casa la aportaron el migrante, su padre y dos hermanos que tienen conocimientos de albañilería. Ellos realizaron la mayor parte de los trabajos de construcción cuando el migrante regresó. En otros casos los migrantes envían recursos para la construcción considerando como parte de los costos la mano de obra para que se contrate albañiles que participen en esta.

Estas prácticas están relacionadas, como se plantea en el testimonio, a la proximidad del padre del migrante en las transacciones del dinero que su hijo envía, al acompañar a la nuera al banco y a hacer el pago al pollero. Aunque en otros casos las mujeres realizan las mismas transacciones por su cuenta, el símbolo cultural que se materializa aquí es el del patriarca de la familia que acompaña a la nuera y representa la tutoría sobre la mujer receptora de remesas.

El tutelaje se extiende a otros aspectos como la vigilancia de la actividad sexual y la fidelidad de las mujeres, pues mientras el hijo se encuentra fuera de la localidad, una de las hermanas menores del migrante duerme en la misma casa que Guadalupe. Las mujeres en ese contexto se enfrentan a la posibilidad de que, en aras de ‘cuidarlas’, su comportamiento sea controlado cercanamente por los padres de su cónyuge. En el segundo viaje que realiza su marido ella prácticamente reside en la casa de los suegros, en donde prepara sus alimentos y durante la noche la acompaña una de sus cuñadas solteras. La tutela que ejercen los padres del migrante sobre la nuera es cercana y restrictiva.

Mi nuera Guadalupe está aquí todo el día con sus hijos. Luego se va a casa de mi otra nuera... Se queda en su casita por la noche pero mi hija Lucrecia o mi otra nuera se queda con ella [...] Sí, ellas se acompañan y se cuidan (Rosalío, 58 años, entrevista personal, GDO).

Impedir el adulterio es la “justificación” de las acciones restrictivas del patriarca. Las historias de adulterio que han protagonizado mujeres esposas de varones migrantes ejemplifican estos mecanismos de control sobre el cuerpo de las mujeres. A raíz del nacimiento de una bebé de una relación extramarital que narra una partera de la localidad de Gustavo Díaz Ordaz ilustra esta situación.

A esta bebida la estaban regalando y nadie la quería, por eso yo me la quedé. Si crié a cinco, cómo no voy a poder con una más. Como yo atiendo a las mujeres que paren, sabía que la mamá la estaba regalando desde antes de que naciera. Aquí hubo mujeres que sí la querían pero los maridos no la aceptaban, no fuera que les cargara la culpa a ellos. La mamá es de La Perla de San Martín, pero aquí tenía una prima y vino a tenerla aquí, la echaron de su casa para que tuviera a la niña y la regalara. (Andrea, 54 años, GDO).

En este sentido la maternidad producto de una relación extramarital es fuertemente reprobada y castigada, inclusive ejerciéndose medidas de repudio para la recién nacida.

La postura que hombres y mujeres ejercen en la custodia corporal de esposas de migrantes ausentes de la localidad se expresa en formas de control legitimadas en el ámbito público, y aun que estos mecanismos de control y de sanción se han naturalizado hay algunas mujeres que no se sujetan a estos mecanismos a pesar de que se encuentran en condiciones similares a aquellas en las que socialmente el control se justificara.

Este es el caso de otra pareja de jóvenes avecindados residentes en el espacio doméstico de los suegros, tienen un solo hijo menor de seis años y el varón ha migrado hacia Estados Unidos.

Soy nacida en Rodríguez Clara²⁵, en una ranchería. Allá me conocí con mi marido. Él trabajaba en el corte de la caña. Nos conocimos y nos juntamos. Nos venimos a vivir aquí [él es originario de Gustavo Díaz Ordaz] y después de un año tuvimos nuestro hijo. Mi esposo se fue para el otro lado. Aquí estábamos muy contentos, pero él me decía que no ganaba como para construir nuestra casa [...] Vivíamos en casa de sus papás [...] Yo no me llevo con su mamá. La verdad es que tenemos siempre pleito tras pleito, porque ella no quiere que yo salga y nomás quiere que le ayude a hacer su trabajo. Mi esposo se dio cuenta que no soy yo la que provoca, y me dijo que yo nada más atendiera a mi hijo. Yo me salí de vivir de con mi suegra y me quedé en la casa de las primas de mi esposo. Ahí vivimos las tres. Sólo yo tengo mi niño y ellas están solas. Ya vamos a construir nuestra casa. Cuando mi esposo manda dinero me dice que guarde un tanto para la casa y otro tanto me dice que es para que yo lo gaste. Él le manda [dinero] a su mamá, pero yo estoy tranquila. A mí no me gusta que nadie me mande, por eso me salí de [vivir] con mi suegra. Yo no ando dando de qué hablar, pero tampoco me gusta que me manden. (Rocío, 19 años, entrevista personal, PSM).

Aunque Rocío se encuentra en una posición semejante a la de Guadalupe y tiene la necesidad de un espacio para vivir pues carece de casa, ella la enfrenta de forma diferente con el respaldo de su marido. No acepta el control que trata de ejercer sobre ella su suegra. De manera paralela, se respalda en la tutela de otros familiares de su esposo para hacer uso de un mayor margen de libertad al dejar la casa de su suegra. Así, presenta una variación en la reproducción del rol de género como mujer receptora de remesas: aunque ella también funge como ahorradora y administradora, el nivel de negociación que ha logrado con su marido le permite disponer de una porción para “gastarlo como ella quiera”. Tanto en el manejo del dinero como en sus decisiones y espacios de vida, Rocío ha ganado un margen de autonomía.

²⁵ Municipio veracruzano, próximo a la zona del istmo de Tehuantepec, cercano a los municipios de Loma Bonita, Oaxaca y Villa Isla, Veracruz.

La dinámica que se establece entre los suegros y las esposas de migrantes refleja una relación de poder que tiene como constante el ejercicio de mecanismos de sujeción hacia la nuera que se cristalizan en medidas de control sobre el uso de las remesas, el ejercicio de su sexualidad y el uso de su fuerza de trabajo para el servicio del grupo doméstico de los suegros. Las respuestas de las mujeres en esta situación son diferenciadas. Algunas acatan fielmente las disposiciones de la casa paterna, otras responden con mecanismos de resistencia que les permitan negociar una posición de mayor libertad ante sus maridos, la familia paterna del marido y la localidad.

Ese nivel de negociación parece definirse a partir de tres elementos: el grado de sujeción que muestran ante conceptos normativos relacionados con la fidelidad al marido, al desempeño satisfactorio de su rol en tanto a los trabajos que le corresponde realizar, y el buen ahorro de las remesas. En primera instancia, el *buen* cumplimiento de esos tres elementos les permite, por una parte, utilizar las remesas para satisfacer las necesidades de su grupo doméstico en los gastos reproductivos y concretar inversiones productivas que directa o indirectamente le pueden generar estabilidad económica. Por otra, les posibilita mantener una buena relación con el marido en su ausencia, con canales de negociación abiertos, ejerciendo diferentes niveles de libertad de acción.

Los costos por no sujetarse a estas normas pueden significar la pérdida de libertades individuales y asumir diferentes niveles de violencia de género que practican sobre ellas las *figuras de autoridad*, ya sea las suegras, los suegros, los hijos, los parientes del marido y el marido a distancia o a su regreso.

Continuando con el análisis de los diversos grupos domésticos, se abordarán algunos elementos que rodean el uso de remesas en parejas encabezadas por cónyuges de entre 30 y 40 años, propietarios de ejido o avocados que transitan por procesos migratorios y que cuentan con hijos adolescentes en edad de cursar educación básica y media. El jefe de familia y algunos de sus hijos varones se emplean como jornaleros tanto en su comunidad como fuera de ella. El jefe de familia y sus hijos mayores de 15 años migran periódicamente hacia las principales ciudades de la región o a la Ciudad de México. Ya sea alguno de sus hijos adolescentes o el propio jefe de familia ha comenzado a migrar a Estados Unidos.

Se analizarán estos casos a partir de las características que presenta cada grupo generacional al que pertenecen los padres, por estructura numérica de la descendencia, por el acceso a tierra laborable, las relaciones al interior del grupo doméstico que se vinculan al uso de las remesas y los roles que asumen los actores involucrados en este proceso. El caso que se presenta a continuación es el de un matrimonio de ejidatarios con cuatro hijos de diferentes edades. El marido se incorporó al proceso migratorio y es el primer caso de migración legal.

Cástula, de la localidad Perla de San Martín, describe la forma en la cual la migración, pese a sus costos, simboliza el medio para desarrollar un contexto de bienestar para su grupo doméstico. Ella tiene 32 años y su esposo 42, tienen dos hijas (de 13 y 3 años) y dos hijos (de 15 y 6). Claudio, su esposo, es ejidatario y ocupó el cargo como Presidente del Comisariado Ejidal en Perla de San Martín durante dos periodos de tres años cada uno. Él migró a Estados Unidos de forma legal, a través de un contrato temporal para una empresa que construye y mantiene jardines en Nueva Jersey, lo que hace la experiencia migratoria diferente.²⁶

Yo tenía 16 años cuando me casé y él tenía 26 años, y nunca salimos. Siempre estuvimos aquí. Yo nací en Catemaco, mi mama ahí está desde hace años porque mi papá se mantenía aquí. Claudio fue [presidente del] Comisariado Ejidal mucho tiempo, hasta ahora que encontró la forma de irse a Estados Unidos en avión, contratado. Dijo que 'Si voy a gastar que me vaya yo tranquilo, que no me vaya yo pensando' [...] Hicimos el propósito de juntar el dinero. Y se fue para regresar en 11 meses. (Cástula, 32 años, entrevista personal, PSM).

La experiencia del viaje bajo contrato representa cierta seguridad respecto a las condiciones en que emigra y en que regresará el marido, así como al periodo en que está obligado a volver. Estas condiciones de certeza respecto a periodo de retorno generan una atmósfera diferente a la de la mayoría de los casos.

Cuando se fue [su esposo] yo me sentía muy mal, muy deprimida, y me pasé unos días con mi hermana. Pensaba en él. Él se cocina solo, lo que me dice él es: 'Como yo me voy a acostumbrar, tú también te vas a acostumbrar'. Mis hijos también lo resintieron. Los dos grandes no tanto, pero los dos chiquitos sí. La más chiquita demoró más de ocho días para comer, estaba muy acostumbrada con él, por eso no aceptaba irse. El otro se

²⁶ Es el primer caso de un migrante que viaja contratado. No hay antecedentes en ninguna de las dos localidades. Tuvieron que tramitar, con recursos propios, el pasaporte y la visa. El boleto lo paga el contratante con la condición de que el migrante lo pague poco a poco con su salario.

ponía a llorar [el hijo más pequeño]. Ellos tienen también su sufrimiento, gracias a Dios como que ya se controlaron [...] Antes, cuando estaba de autoridad, luego lo mandaban en comisión y hasta tomaba dinero de la casa [destinado para el gasto doméstico], nosotros nos quedábamos sin dinero, pero él tenía que cumplir con sus obligaciones. Ahora ya no. Él hace falta aquí por cualquier cosa, pero si quiero comprar algo ya tengo de donde tomar (Cástula, 32 años, entrevista personal, PSM).

Pese a los costos que ella identifica para sus hijos y para ella misma, considera que vale la pena el esfuerzo que ha significado porque ahora cuentan con todo lo que necesitan para vivir. ¿Pero cuál es el rol que ella tiene en la recepción de remesas enviadas por su esposo?

El acuerdo que hicimos, antes de que se fuera, platicamos y que mientras yo esté aquí sola, pues voy a ahorrar el dinero, voy a juntar el dinero y luego que él regrese pues ya verá qué hace [con el dinero]. Porque ahora sí, como nunca me había yo quedado sola, pues ¿qué voy a comprar? Él no me ha dicho, pero creo que piensa comprar un ganado para trabajarlo con sus hermanos. Como antes de irse arregló la casa de madera, ya la casa no nos preocupa [...] Como tengo prestado un poco de dinero, no mucho, di un crédito que debía y, si Dios quiere, ahora terminando de pagarlo vamos a empezar a juntar dinero (Cástula, 32 años, entrevista personal, PSM).

Cástula asume que su rol, definido junto con el marido, es juntar el dinero, y considera que no sabría en qué invertirlo. Se plantea que estando satisfechas las necesidades de alimentación de los hijos, ella no tiene elementos para participar en otro ámbito. Se reconoce en su *espacio natural*, en la esfera de lo doméstico.

Su casa nueva de madera y equipada con servicio de televisión satelital desde antes de la partida del marido no es una preocupación inmediata. Aunque asume que, en la esfera de lo productivo, su marido hará una inversión en ganado cuando regrese del viaje.

Claudio tiene la oportunidad de buscar [alternativas económicas], antes no era así [...] Mi papá era mayoral y apenas salimos adelante porque éramos varios hijos. Mi mamá nos platica que nosotros la pasamos así pobremente. Nosotros ahora tenemos para ir comiendo, y no nos falta. Los padres tenemos esa preocupación y queremos quitárnosla de la cabeza. (Cástula, 32 años, entrevista personal, PSM).

La migración representa ahora una oportunidad que les ofrece mejores perspectivas a ellos y a sus hijos, en comparación con las que tuvieron sus padres y ellos

mismos, con un mayor grado de satisfacción material de necesidades, pese a los costos sociales y familiares que esto les implica.

La que viene es su mamá [la madre de su esposo]. Ella sí viene seguido y más aún desde que él se fue. Como estamos solitos nos viene a acompañar. Ella viene a vender, trae comida, ropa [a La Perla de San Martín]. Con mi suegra me llevo bien [sonrisas]. Ella, gracias a Dios, no es metiche. Al contrario, ella me *contagia* lo que voy a hacer. [Le dice] ‘No nada más hay que gastar en cosas así a lo loco.’ Ella siempre se ha llevado bien conmigo [...] Me da consejos: ‘Hay que cuidar el dinero ahora que [Claudio] está trabajando, cuando junten ese dinero será para tus hijos’. Porque lo que nosotros la pasamos mal ahora mis hijos no van a sufrir lo que nosotros sufrimos. (Cástula, 32 años, entrevista personal, PSM).

La participación de la suegra de Cástula, percibida como un apoyo moral, juega un papel relevante reforzando el papel que puede tener, como fuente de estabilidad, para que su nuera asuma la exigencia de ser ahorradora y buena administradora de las remesas enviadas por su esposo.

La reproducción de los roles de género que practican los hombres y mujeres durante la migración puede ser una forma de construir estrategias de vida sin que se susciten conflictos que desequilibren las relaciones de fuerza que han establecido antes y durante el viaje. En cualquiera de estos escenarios, parece que el proceso migratorio ofrece un importante potencial de mejora material, lo que no implica que las transformaciones y re-significaciones en las relaciones de género produzcan sólo saldos positivos en términos de bienestar.

Los roles de mujeres y hombres en el uso de remesas son expresiones de los vínculos entre cónyuges o entre madres, padres e hijos, que cobran forma en función del estado y las características que componen las relaciones, y de la presión social que se ejerce sobre ellos para orientar su proceder en torno al uso de remesas.

Conclusiones

Proceso migratorio en Perla de San Martín y Gustavo Díaz Ordaz

Lo que se observó en este proceso nos coloca ante el “parto de la cultura migratoria” en estas localidades. Esas decisiones y el rumbo que le dan a la migración sientan precedentes, generan expectativas y una disposición a emigrar entre otros habitantes de esas localidades, en cuyo porvenir se visualiza la migración como una práctica común. El análisis de las estrategias históricas de reproducción social de los grupos campesinos permite observar que la migración aparece como elemento central en esta fase emergente.

La producción de café durante los años sesenta, setenta y hasta pasada la mitad de los ochenta logró la satisfacción de necesidades, incluso en algunos momentos hasta de cierta prosperidad; se puede corroborar esto en el relato de Félix, que describe a grupos domésticos con hasta 10 integrantes ocupados en las labores domésticas y el cafetal. La demanda de mano de obra reflejaba la bonanza de este cultivo para la primera generación de los nacidos en ambas localidades. Esta situación duró prácticamente tres décadas en las que el cafetal, combinado con la milpa, fue una estrategia de subsistencia. Sin embargo la caída del precio del café y la contracción de sus subsidios marcan una crisis que exigió cambios estratégicos.

La producción de bovinos, ensayada desde los buenos tiempos del café, apareció al inicio de los años noventa como un modelo productivo que posibilitaría cierto nivel de bienestar para estos grupos domésticos, relevando al café en su papel de generador

de ingresos monetarios y permitiendo la experimentación de una nueva estrategia de subsistencia, con una diferencia importantísima: la producción ganadera demandó menos mano de obra familiar, lo cual dejó un remanente de fuerza de trabajo que dio pie a las primeras experiencias de migración en las que incursionaron hijos de ejidatarios; ellos empezaron a trabajar en la construcción y el servicio público como policías, otros viajaron a campos agrícolas del norte del país aproximándose a la frontera y a las redes de migración construidas desde otras regiones.

Ante la crisis del precio del ganado que ocurre en la segunda mitad de los años noventa la migración internacional apareció como una salida atractiva y viable, los primeros migrantes a Estados Unidos fueron, como claramente se ve en la Perla de San Martín, ejidatarios o hijos de ejidatarios que lograron pagar los servicios del pollero.

El café, la producción ganadera y la migración, junto con el maíz y frijol de autoconsumo, han sido pilares de estrategias de subsistencia y reproducción que buscan atender las necesidades de las familias en estas localidades. La sustitución de las dos primeras estrategias expresa una clara respuesta a la política de ‘desarrollo rural’ que a través de los proyectos de financiamiento y la difusión general de los modelos de producción en la región se han asentado como ‘vías de desarrollo’. Cada uno representó por lo menos un brusco viraje en los grupos campesinos, que moldeaban su estructura para responder a las exigencias de esas actividades productivas. Las familias quedaron mal paradas ante las condiciones exógenas que las obligaron a cambiar de estrategia; eso sucedió marcadamente con la descapitalización abrupta que vivieron ganaderos ante la caída, de un año al otro, del precio de la carne, lo cual detonó el proceso migratorio en mayor magnitud y lo convirtió en urgente.

¿Se habían preparado los pobladores locales para migrar a Estados Unidos? La población vecindada que no veía alternativa de empleo dentro de la localidad ya había explorado la migración interna y conoció la frontera donde algunos se quedaron a radicar, ahí tuvieron contacto con otros migrantes que habían cruzado el río Bravo después de terminar la temporada de corte en los campos agrícolas de Baja California. En la primera fase del proceso migratorio, en ambas localidades se identifican diferencias notables en la construcción de estrategias de subsistencia entre vecindados y ejidatarios, considerando que la base material de cada grupo crea diferentes condiciones para emigrar, como el financiamiento para el traslado y el cruce.

El acceso a recursos fue determinante para que en un inicio los ejidatarios migraran con mayor frecuencia que los avecindados. En poco tiempo surgieron mecanismos de crédito con garantías prendarias que fueron accesibles a ejidatarios y avecindados. De este modo se incrementó la frecuencia migratoria de hombres jóvenes avecindados sobre cualquier otro grupo de población migrante, siempre que cuenten con bienes para depositar en garantía o algún aval para pagar el traslado en estas localidades.

Más que una estrategia de desarrollo, la migración representa un salto de una estrategia de subsistencia a otra, pues la crisis ganadera toma por sorpresa a quienes se vieron afectados por la caída del precio de la carne; ejidatarios poseedores de ganado que, pese a ello, tuvieron solvencia para cubrir el costo económico del traslado. La migración a Estados Unidos, en esta primera fase, se convierte en una válvula que desfoga la presión económica producida por la ruina de la ganadería.

La migración y diferenciación social

Las diferencias y factores de polarización social no sólo se ubicaron en el punto de arranque (las condiciones de financiamiento y/o crédito para emigrar) de ejidatarios y avecindados, sino también entre las familias de quienes emigran y quiénes no y, entre los emigrantes, en relación al destino de las remesas.

Uno de los grupos que más expresa estas diferencias en el plano local son las mujeres, pues su relación con migrantes y remesas se expone en los espacios comunitarios, trastocando las estructuras e instituciones comunitarias en el ámbito público local que antes no contaba con este factor de diferenciación. El ser o no receptoras de remesas, es decir, ser integrante de una familia de migrantes o no, se convierte en un elemento que entra en juego para leer las acciones de estas mujeres.

Las condiciones de vida en las localidades de origen han sido trastocadas por los principales efectos de la migración masculina transnacional. La recepción de remesas y su impacto sobre la economía local tiene efectos altamente diferenciados y diferenciadores en las familias de las localidades porque no todas practican la migración como estrategia reproductiva, de modo que quienes no cuentan con remesas se sostienen con actividades tradicionales (café, ganado, maíz) que cuya utilidad se encuentra a la baja y con un panorama comercial adverso.

Otro impacto del proceso migratorio en el terreno de lo local es que, paradójicamente, la migración hacia Estados Unidos ha generado que se eleve el precio del jornal dentro de la localidad. El valor promedio del jornal es de \$120 pesos, que, comparado con los \$60 u \$80 en que se valúa en otras localidades de la región, es mayor en un 80% y hasta en un 100%. Ya después de las primeras oleadas de migrantes, la mano de obra dentro de la localidad escasea: a mayor demanda y menor oferta se incrementan los salarios en actividades que cobran auge en la localidad como la construcción y el jornaleo en las parcelas y casas de las familias migrantes.

Remesas, relaciones de género y desarrollo

El fenómeno migratorio implica la ausencia del marido y/o uno o más de los hijos que integran el grupo doméstico. Esta ausencia forja un reacomodo de los actores y de sus actividades, lo que genera una redistribución de las tareas en el que las mujeres, principalmente en la madre o las hijas mayores, asumen una mayor cantidad de responsabilidades.

Además de la carga de trabajo que, como se ha visto en los testimonios, es excesiva e impacta en la salud y el bienestar de las mujeres, hay un costo emocional que poco se ha considerado al valorar los impactos del proceso migratorio. Dicho costo para las mujeres y menores de edad es elevado y se expresa en depresión, desorientación, soledad, agresividad, tristeza y conflictos entre los integrantes de las familias migrantes.

El éxito de la migración se cristaliza en el cruce y el envío de remesas, que aunque alivian preocupaciones y ciertas carencias, también crean condiciones que incrementan la presión sobre algunos integrantes del grupo doméstico. Las representaciones sociales de género y las prácticas sociales intervienen en ello y muchas transformaciones generan presión, principalmente en las esposas, madres o hijas de migrantes.

La migración al norte ha propiciado innumerables alteraciones en los estilos de vida y una creciente diferenciación social entre las y los integrantes de grupos domésticos. Las disparidades entre las trayectorias de vida de madres e hijas, entre suegras y nueras, las hace enfrentar apuros y contingencias. Estas contingencias se viven cuando las mujeres se responsabilizan de la familia que se queda, de la producción agrícola, sea para realizar o administrar las labores en la parcela, se empeñan en la conservación

o adquisición de sus terrenos –ese patrimonio material progresivamente devaluado ante los ojos de sus hijos migrantes–, se hacen cargo de la construcción de la casa; las mujeres que se quedan tienen una serie de responsabilidades que mantienen ocupado su tiempo. El trabajo femenino es impactado por la llegada de remesas, sea porque para esperarlas o ahorrarlas tienen que desarrollar nuevas actividades económicas o porque el cuidado y atención sobre los bienes adquiridos les exigen asumir una nueva carga de trabajo, pues algunas, con el fin de ahorrar, evitan la contratación de mano de obra extra doméstica.

En tanto que la migración responda a aquello que representa bienestar, puede relacionarse con la noción de desarrollo. Pero lo que se ha visto en este proceso es que en el uso de remesas hay patrones que se expresan en el desigual acceso al bienestar que éstas pueden generar. Es cierto que para la familia, contar con la seguridad de ciertos bienes puede representar bienestar, pero cuando estos bienes se distribuyen desigualmente entre los integrantes o cuando su uso y administración representa mayores cargas de trabajo y desgaste físico y emocional –que en términos generales pagan las mujeres–, esto plantea un problema de bienestar y desarrollo que no puede obnubilarse con dólares y que implica mayor inequidad de género.

Destino de las remesas, la calidad de vida y el desarrollo

La relación entre la situación económica particular del grupo doméstico y la oportunidad de generar remesas en el extranjero se plasma en la satisfacción de necesidades particulares de cada grupo. El análisis de los grupos domésticos de avecindados y ejidatarios aclaró que las necesidades a cubrir y la disposición de medios para la producción en la localidad son factores que influyen en el destino de las remesas. Pero los roles y posición que ocupan mujeres de diversos grupos domésticos de origen corroboran que, si bien la pobreza absoluta disminuye al tener ingresos económicos, la pobreza relativa –la que vive en particular cada una de las mujeres– no es impactada por el envío de remesas.

Las remesas se usan empleando un orden de prioridades en el que las necesidades de las mujeres no figuran con frecuencia. Salles y Tuirán (2000) incursionan en la discusión de los distintos significados del concepto de pobreza bajo una perspectiva

de género. Estos autores parten de la premisa de que existe un conjunto de necesidades que son comunes a ambos sexos, las cuales, al no ser satisfechas, determinan un estado de pobreza absoluta que atañe a hombres y mujeres. Pese a ello, enfatizan que las necesidades específicamente femeninas no pueden ser cabalmente comprendidas en el mismo enfoque que el de la pobreza en general.

Estos planteamientos sugieren otros aspectos para el análisis de los impactos migratorios y de las remesas, pues en medio de la pobreza hay matices de género. La evaluación general de los impactos generados por procesos de inversión o de capitalización tiende a analizar la mejora absoluta que provocan, pero la condición y posición de las mujeres implica efectos negativos específicos no necesariamente compartidos por el resto de los actores, o al menos no con la misma intensidad.

Si los grupos domésticos de avecindados y ejidatarios tienen marcadas diferencias en la forma de construir sus estrategias de supervivencia, practicando la migración internacional como parte de ellas, hay fuertes elementos comunes en la construcción de un sistema de género que iguala a las mujeres de ambos grupos, pues la identidad y los roles de mujeres y hombres son semejantes.

Migración, cambios y permanencias en las representaciones de género

La migración ha provocado transformaciones en los principios reguladores y símbolos culturales de género que prevalecen en las dos localidades. Cada grupo doméstico los resignifica en función de su estructura genérica y generacional y de la capacidad de negociación que tienen algunos de sus integrantes al interior de la familia y ante otros actores de la localidad que inciden en el grupo doméstico. Como lo muestran los casos de Guadalupe y Rocío, la identidad de género y sus expresiones pueden ser transformadas. La reproducción o transformación del rol de género de mujeres receptoras de remesas puede ser negociada o asumida en función de circunstancias y decisiones particulares.

Se puede concluir que existe un prototipo de “la buena mujer, esposa o madre de migrante”, cuyo proceder goza de legitimidad en el grupo doméstico y en la comunidad. Así, tiene reconocimiento y prestigio la mujer ahorradora y buena administra-

dora de remesas, la que tiene capacidad para invertir las con buen juicio, siguiendo las instrucciones del marido o esperando el regreso del migrante para que él tome las decisiones más adecuadas respecto a la inversión del grueso de los recursos enviados y ahorrados. La migración incuba nuevos rasgos identitarios de la feminidad.

Los hombres y mujeres de las comunidades están muy atentos de que las esposas de los migrantes reproduzcan dichos modelos, y las mujeres, independientemente de las condiciones particulares por las que atraviesen, buscan representar el papel de “la buena esposa”, haciendo los ajustes necesarios a su entorno particular, tratando que tanto ella como el grupo doméstico obtengan el mejor provecho de la migración.

Los roles masculino y femenino que se reconstruyen en medio del proceso migratorio, además de relacionarse con la generación, el ahorro y uso de las remesas, tratan de normar el comportamiento de individuos en otros aspectos que, aparentemente, no están relacionados con el factor dinero. Por ejemplo, la vigilancia y regulación sobre el cuerpo y las prácticas sexuales de las mujeres se han recrudecido al ubicar la residencia de las mujeres casadas en la casa de la suegra o de la madre mientras el cónyuge se encuentra fuera de la localidad. La transgresión a esas medidas de tutela ha derivado en formas de violencia graves, como lo ejemplifica el caso de la esposa del migrante, embarazada en una relación extramarital, que fue expulsada de su casa para dar a luz en otra comunidad con la orden expresa de deshacerse de su hija mientras su cónyuge se encontraba en Estados Unidos.

La intensidad de las transformaciones y las fuerzas que se expresan para delimitar nuevos roles femeninos han resultado en la construcción de referentes a los que algunas mujeres se enfrentan y resisten, y otras se adaptan y buscan reproducir. En ambos casos, las mujeres han tendido a resignificar sus identidades a la luz del proceso migratorio.

¿Qué pasa con los hombres? El caso de Gloria ilustra un fenómeno emergente entre los varones migrantes, pues ella incursionó en nuevas actividades económicas mientras esperaba las remesas y acabó cubriendo la manutención de su familia prácticamente sin recurrir a las remesas, de modo que destinó éstas al ahorro y adquisición de bienes duraderos. Pero cuando se opuso a que su marido se fuera por cuarta vez en vista de tener ya suficientes recursos para trabajar y vivir en la localidad, el marido

se aferra a la idea de que él es el proveedor y que otra estancia en Estados Unidos les permitirá tener más ahorros.

No sólo se revela la dificultad para aceptar nuevas representaciones de género aunque los cambios sociales las evidencien, sino se asiste a la emergencia de una cultura migratoria, entendida como la disposición a salir de la comunidad independientemente de la necesidad. También se ratifica el nuevo protagonismo femenino en ahorrar y generar ingresos. Esto ha resignificado su rol y desde esa posición cuestionan la inmovilidad mental de los varones en su ilusa idea de que siguen siendo los únicos proveedores.

Uso de remesas e inequidad en la distribución de las oportunidades que generan

La adquisición de propiedades que se realiza con remesas, ya sean parcelas, ganado bovino de cría o engorda, terreno con fines habitacionales o bienes como camionetas, en la mayoría de las ocasiones queda a nombre de los maridos como lo dicta el sistema de género con respecto a la propiedad patriarcal de los bienes. La propiedad generada con remesas difícilmente queda a nombre de las mujeres, esposas, hijas o madres de migrantes. Esta norma sólo encuentra excepciones cuando se construye una casa en un terreno cedido por los padres de la mujer.

La reproducción de estos roles con los hijos varones es singular pues, como en el caso de Gloria, se hace explícito al hijo varón que debe “cuidar los animales, el terreno y la casa adquiridos con remesas, porque todo eso que hay, va a ser para él”, aun cuando tienen también una hija que sabe que todo será para el hermano.

La inversión en educación que rebasa el nivel básico también se concentra en jóvenes varones, quienes bajo la premisa ancestral de que “las mujeres se van a casar y no les va a servir para nada la escuela”, o que “las mujeres no son buenas para el estudio”, acaparan esas oportunidades de desarrollo educativo. Tal es el caso de uno de los hijos de Andrea que concentró la oportunidad de desarrollar estudios de nivel licenciatura. Quizá esta práctica se contrarreste un poco con el programa Oportunidades de la Secretaría de Desarrollo Social, pues las becas para niñas son ligeramente mayores que para los varones. Esto sugiere que la política social implementa cambios en la visión

de desigualdad que no se reflejan en la construcción de estrategias de supervivencia dentro de estos grupos domésticos y es paradójico, acentuadamente, porque en este caso, el grupo doméstico cuenta con una jefa de familia.

Si bien las remesas se dirigen a cubrir las necesidades de vivienda, alimentación, vestido, adquisición de bienes inmuebles y financiamiento a la educación, también es verdad que hay un goce inequitativo de esos bienes. Ser hombre o mujer en el grupo doméstico es un factor que hace la diferencia y que discrimina determinando cuál será la distribución de los costos y los beneficios de la migración. Los costos como la asunción de dobles o triples jornadas de trabajo son mayoritariamente para las mujeres, los beneficios como adquirir derechos de herencia u oportunidades de desarrollo educativo se inclinan más hacia los hombres.

Sobre las relaciones de poder y escenarios de negociación ante los roles asignados. Las receptoras de remesas participan de condiciones distintas y responden a ellos de manera diferenciada. En los testimonios de Guadalupe y Rocío, se plantea un escenario donde las mujeres jóvenes de grupos domésticos vecindados, se sujetan al apoyo de los suegros por carecer de vivienda y, con ello, se someten a reglas de comportamiento que ellos les imponen. Estas reglas y los principios en que se fundamentan son ejercidos con diferentes niveles de violencia. Esta situación genera diferentes respuestas y mecanismos de resistencia.

Existen otros mecanismos de sujeción de género cuando se exige que las mujeres acepten los enormes esfuerzos físicos y psicológicos que impone la migración de sus maridos, a cambio de las certezas materiales que representan las remesas y la posible estabilidad de su situación conyugal. Cástula es claro ejemplo de ello. En su caso observamos que se asume incompleta en ausencia de su marido y se encuentra sujeta a la tutela de su suegra. Se ve en la obligación de desempeñar su papel a satisfacción de la suegra hasta que regrese su esposo.

La práctica incondicional de los principios normativos que reproducen algunas mujeres sirve para fortalecer estos esquemas de control y de distribución genérica de las responsabilidades para lograr los objetivos de la migración a través del envío de remesas y su ahorro. En el caso de Gloria, podemos identificar que son las mismas mujeres quienes institucionalizan el respeto y cumplimiento cabal de este rol, aceptando

elevados costos para ellas y otros integrantes del grupo doméstico, especialmente para los niños y niñas. Paralelamente, este comportamiento también es un mecanismo de negociación ante los hombres, pues según su lógica, si ella cumple cabalmente con las exigencias del rol femenino, está en posición de recibir el reconocimiento de su participación económica en la transformación de las condiciones de vida de su grupo doméstico, cuando le plantea a su marido que “también gracias a mis ingresos hemos podido ahorrar para adquirir lo que hemos adquirido”.

Otro de los costos de la reproducción de los principios normativos es la presión que algunas mujeres ejercen sobre otras, bajo la premisa de que deben ser buenas esposas y madres y facilitar la acumulación de recursos económicos a través del ahorro de remesas para el bienestar de su familia. Así se estigmatiza la situación de una mujer que no está en posibilidad o ha decidido no ejercer el papel de “la buena esposa”. Tal es el caso de Margarita. Ella entiende que su marido decidió irse a Estados Unidos a trabajar con el objetivo de que mejorara su salud, y que si no han construido un patrimonio no sólo ha sido por los gastos de su enfermedad, sino también por el apoyo económico que el migrante aporta a su grupo doméstico paterno.

Impactos económicos de la migración y las remesas

En el plano económico, las remesas han dinamizado el mercado de tierras, la construcción de viviendas, la adquisición de ganado, el subsidio al consumo de productos alimenticios y la adquisición de algunos enseres domésticos que brindan cierto confort a sus habitantes. No se puede dejar de observar que la utilización de las remesas obedece a una serie de percepciones atravesadas por el sistema de relaciones de género permeado por una diversidad de inequidades desfavorables principalmente a mujeres y niñas.

El proceso migratorio pone en el centro el dinero, los actores que lo controlan y los destinatarios de sus beneficios. Se soslaya el esfuerzo que encierra la buena administración, el ahorro y los aportes cuantitativamente pequeños pero cualitativamente esenciales que realizan las mujeres receptoras de remesas.

En la esfera de lo cultural e identitario, cada uno de los roles a los cuales se sujetan hombres y mujeres en el proceso migratorio también manifiesta importantes

transformaciones que encierran disparidades. Mujeres que nunca antes tuvieron en sus manos recursos económicos en la escala que ahora manejan, lo hacen partiendo de una idea: no es legítimo que ellas decidan y controlen esos recursos, sólo en porciones pequeñas y para el disfrute de los integrantes de su grupo doméstico. Ese nuevo papel se define, en esencia, por hacer el menor uso posible de las remesas.

¿Es la migración una estrategia de desarrollo?

Además de los cuestionamientos sobre los efectos y riesgos de que la migración establezca una cultura de inequidad y de desigualdad en las relaciones de género, hay otros factores que hacen dudar respecto a que la migración se profile como una estrategia de desarrollo.

La intensa salida de jóvenes avecindados ha transformado el escenario de la reproducción biológica en la localidad. Se ha observado que hay mujeres jóvenes que no encuentran hombres para casarse dentro de su comunidad, como el caso de una chica que decidió migrar a Catemaco para trabajar pero también para buscar pareja y casarse, porque en Gustavo Díaz Ordaz los jóvenes vienen a casarse y se van de vuelta a Estados Unidos.

No puede haber estrategia de desarrollo local que se base en la expulsión de una parte de su población. El escenario que se dibuja lleva a pensar en la soledad de mujeres casadas sin marido o de madres cuyos hijos se han ido demasiado lejos y demasiado tiempo, al grado de desgarrar la noción de familia; pero también la identidad de mujeres que fueron criadas en la idea de que la feminidad está ligada al papel de madre y esposa. Son madres sin hijos, esposas sin marido, y esta situación virtual seguirá vigente mientras la migración siga siendo pilar de su estrategia de reproducción social.

Por otra parte uno de los principales destinos de las remesas es la adquisición de tierras para establecer pastizales y emprender actividades de producción ganadera. El modelo tecnológico en que se basa esta ganadería implica intensificar la producción de pastos y deforestar parcelas. En términos de sostenibilidad ambiental, esta forma de usar las remesas le apuesta a una tecnología de producción extensiva que amenaza con que, a mediano plazo, la productividad del sistema pastizal bovinos decaiga. En el

mediano y largo plazo esta actividad será vulnerable no sólo por las fluctuaciones del mercado sino por la baja en la productividad. De esta forma, será difícil que esta estrategia de inversión de remesas garantice la satisfacción de necesidades al largo plazo.

El papel de los actores –principalmente los gubernamentales y las organizaciones no gubernamentales– en este escenario ha sido importante, tanto en la búsqueda de alternativas de conservación ambiental como en la construcción de la visión de desarrollo que se implementó antes del arranque del proceso migratorio. Sin embargo, es tiempo de reconocer que nuestras estrategias de intervención para atender el problema del desarrollo sustentable han quedado cortas y que en este camino hacia la buena vida, la población de las localidades campesinas está sola; sobre todo cuando la migración, su actual apuesta de desarrollo, es transterritorial y plantea fuertes retos para el bienestar de los pueblos. El proceso migratorio abre importantes debates; el principal de ellos, desde la perspectiva de este trabajo, es que en tanto que en el corto plazo el proceso migratorio no es reversible, las mujeres están debatiendo, en ocasiones de forma imperceptible y en otras estruendosa, las formas de relación para que en este contexto la vida sea lo más digna y justa posible.

Bibliografía

- Almeida Salles, Vania (1989). “Mujer y grupo doméstico campesino: notas de trabajo”. En: Josefina Aranda Bezaury (Comp.). *Las mujeres en el campo*. Oaxaca: Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.
- Balboa, Juan. (2004) “Cuatro años, drástico cambio del mapa migratorio mexicano a Estados Unidos”. *La Jornada*. México: Octubre 10. Disponible en: http://www.jornada.unam.mx/2004/oct_04/041010020n1po1.php.
- Banco de México <http://www.banxico.org.mx>
- Benítez, Fernando (1950). *La Ruta de Hernán Cortés*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Centro de Estudios de las Finanzas Públicas (2005). “Costo del envío de remesas familiares de Estados Unidos a México, 2005.” México: Cámara de Diputados. <http://www.cefp.gob.mx/intr/edocumentos/pdf/cefp/cefp0302005.pdf> Disponible en: <http://www.cefp.gob.mx/intr/edocumentos/pdf/cefp/cefp0302005.pdf>. Consultado el 4 de abril de 2006.
- Casados González, Estela (2003). *Crece como mujeres. Ciudadanía rural en Veracruz*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Corona Vázquez, Rodolfo y Jorge Santibáñez Romellón (2004). “Los migrantes mexicanos y las remesas que envían”. En: Germán Zarate Hoyos (coord.). *Remesas de los mexicanos y centroamericanos en Estados Unidos. Problemas y perspectivas*. México: Porrúa/ Colegio de la Frontera Norte.
- Chauvet, Michelle (1999). *La ganadería bovina de carne en México: del auge a la crisis*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco.
- Consejo Nacional de Población (Conapo) (2004). “Series sobre migración Mundial”. *Migración internacional*. Disponible en: http://www.conapo.gob.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=321&l=251

- D'Aubeterre Buznego, Ma. Eugenia (2002). "Migración transnacional, mujeres y reacomodos domésticos". En: Ma. da Gloria Marroni y Ma. Eugenia D'Aubeterre Buznego (Coord.). *Con voz propia*. Puebla: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- De Barbieri, Teresita (1996). "Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género". En: Laura Guzmán Steinee Hilda Pacheco Oreamundo (comps.).
- Esteva, Gustavo. (2009) "Desarrollo" en Wolfgang Sachs (ed). Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder. México, Galileo y UAS.
- Estudios Básicos de derechos humanos IV. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos, Comisión de La Unión Europea.
- Del Valle, Teresa (1996). "El espacio y el tiempo en las relaciones de género". *La Ventana* (julio): 96-133.
- García, Helio, Susana Cruz y Lucio Tehuitzil (2002). *Base de información para educadores ambientales de los Tuxtlas y la sierra de Santa Marta*. México: Universidad Veracruzana.
- García, Ma. Hilda y Francisco Lara (2000). "Empleo informal, familia y género en la frontera norte de México". En: Paloma Bonfil (coord.). *Panorama de las microempresas de mujeres pobres*. México: GIMTRAP. Pp. 85-112.
- Gobierno del Estado de Veracruz. "Plan estatal de desarrollo 2006". Disponible en: www.veracruz.gob.mx/plan_estatal_consultado_25/marzo/2006
- Hernández Navarro, Luis (2005). "Morir un poco. Migración y café en México y Centroamérica". *Memoria* 199. México. Pp. 14-24.
- Hidalgo Celarié, Nilda (1999). "Mujeres campesinas y estrategia de sobrevivencia; los secretos del control del dinero en pareja". En: Arturo León López, Carlos Cortez Ruiz, Elsa Guzmán Gómez y Roberto Diego Quintana. *Cultura e identidad en el campo latinoamericano*. México: ALASRU/ Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

- Immigration National Services. "Estimates of the Unauthorized Immigrant Population Residing in the United States: 1990 to 2000". Office of policy and planning. U.S. Immigration and Naturalization Service. U.S. Citizenship and immigration services.
- Lazos, Elena (1996). "La ganaderización de dos comunidades veracruzanas: condiciones de la difusión de un modelo agrario". En: Luisa Paré, Judith Sánchez (coords.) *El ropaje de la tierra. Naturaleza y cultura en cinco zonas rurales*. México: UNAM / Plaza y Valdés editores.
- López Castro, Gustavo (1988). *Migración en el Occidente de México*. Zamora. El Colegio de Michoacán.
- Malgesini Graciela y Carlos Giménez (2000). *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*. Madrid: Los libros de la Catarata. Disponible en: http://books.google.com.mx/books?id=am_VNfXeN4QC&printsec=frontcover&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false 19/6/10
- Marroni, Ma. da Gloria (2002). "Pobreza rural, mujeres y migración masculina". En: Ma. da Gloria Marroni y Ma. Eugenia D'Aubeterre Buznego (coords.). *Con voz propia*. Puebla: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Marroni, Gloria (2004). "Violencia de género y experiencias migratorias. La percepción de los migrantes y sus familiares en las comunidades rurales de origen". En: Torres, Martha (comp.). *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales*. México: Colmex / PIEM.
- Pérez, Mario (2003). "Las redes sociales de la migración emergente de Veracruz a los Estados Unidos". *Migraciones internacionales* 2, núm 1. El Colegio de la Frontera Norte. Pp. 136-160.
- Salles, Vania y Rodolfo Tuirán (2000). "¿Cargan las mujeres con el peso de la pobreza?" En: López, Ma. de la Paz y Vania Salles (comps.). *Familia, género y pobreza*. México: Miguel Ángel Porrúa/GIMTRAP.
- Scott, Joan W. (1999). "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En: Navarro, Marysa y Catherine R. Stimpson (comps). *Sexualidad, género y roles sexuales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Sen, Amartya (2003). “Pobre en términos relativos”. *Comercio Exterior* 53, núm. 5. Mayo. Pp. 413-416.
- Tortosa, José M. (2011) *Mal desarrollo y Mal Vivir: Pobreza y Violencia a Escala Mundial*. Ediciones Abya-Yala, Quito. PP. 406 .
- Vázquez, Rodolfo y Jorge Santibáñez (2004). “Los migrantes mexicanos y las remesas que envían”. En: Zárate, Germán (coord.). *Remesas de los mexicanos y centroamericanos en Estados Unidos. Problemas y perspectivas*. México: Colegio de la Frontera Norte/ Miguel Ángel Porrúa.
- Young, Kate (1996). “Reflexiones sobre cómo enfrentar las necesidades de las mujeres”. En: Guzmán, Virginia, Patricia Portocarrero y Virginia Vargas (comps.) *Una Nueva lectura: Género en el desarrollo*, Santo. Domingo: Centro de Investigaciones para la Acción Femenina (Cipaf).

Sobre el autor

Tonalli Hernández Sarabia

Ha trabajado en diversas regiones del ámbito rural desde 1998, cuando egresó de la carrera de Agronomía que se imparte de la UAM-Xochimilco. Ha vivido y trabajado en la zona rural sur de la Ciudad de México, en el Valle del Mezquital del estado de Hidalgo, en la zona limítrofe entre Puebla y Tlaxcala, y en varias regiones del Estado de Veracruz. La experiencia en la práctica agronómica con la mirada del Postgrado en Desarrollo Rural le ha dado la oportunidad de participar en proyectos diversos tales como: Investigador–promotor en proyectos de comunidades indígenas y campesinas, con niñas y niños comunicadores comunitarios (en Veracruz), en proyectos de ahorro y crédito comunitario (en Veracruz y Puebla), en experiencias de aprendizaje de campesino a campesino (en Puebla y Veracruz), en ordenamientos comunitarios para la producción dentro de la Reserva de la Biosfera de los Tuxtlas, y en el proyecto educativo de la Universidad Veracruzana Intercultural. Es aficionado al son jarocho y se considera un Jarochilango sin remedio.